BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA

JACOBO EL AVENTURERO

DRAMA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

DON LEON GONZALEZ Y BERMUDEZ

SEGUNDA EDICION

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1881

JACOBO EL AVENTURERO

JACOBO EL AVENTURERO

DRAMA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

DON LEON GONZALEZ Y BERMUDEZ

SEGUNDA EDICION

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1881

PERSONAJES.

Jacobo, despues Alfredo.
El Marqués de la Hondonada.
El Rey.
Don Julian, privado antiguo del Rey.
El Conde de Claraluz, tio y tutor de
Doña Blanca.
Inés.
Don Martin, Alcaide gobernador.
Don Millan, médico del Rey.
Don Ramiro.. } Caballeros.
Don German. }
Don Félix... }
Don Tello.... } Guerreros.
Don Luis.... }
Beltran...... }
Gilberto..... } Criados.
Ernesto...... }
Un Ugier.
Dos Escuderos.

Acompañamiento de guardias, soldados, grandes y caballeros.

La escena figura pasar en Orihuela y sus inmediaciones á principios del siglo XV.

Imprenta de Alvarez hermanos, San Pedro, 16.

ACTO PRIMERO.

Galería, terminando en arcos que dan paso á las habitaciones del interior del palacio del conde de Claraluz. Puerta al fondo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE.

(Pensativo á la izquierda del espectador.)

¡Siempre conmigo esta idea; no se aparta, no! El ultraje que el monarca plugo hacerme desterrándome de su córte, es hoy ya la llamarada que enciende la discordia en todo el reino, y ¡ay! de su poder si mi venganza con mi plan le llega. Yo que logré hundir su espíritu en el abatimiento, obligándole á ocultar la prenda que más amaba, tambien ahora alcanzaré su ruina. ¡Oh! sí; mio es el marqués su favorito; rendido á los encantos de mi sobrina, cederá á mis intentos; no lo dudo, no. (Pausa.) Por fin tras largos años de ocultas maquinaciones volverá á mis manos el poderío que perdí, esa grandeza que...

ESCENA II.

EL CONDE.—INÉS.

(Viene por el último arco de la derecha del espectador.)

INÉS. Señor.

CONDE. ¿Quién?

INÉS. Venia...

CONDE. ¡Ah! sí. Ve á decir á Doña Blanca que la espero luego; hoy ha de venir el Marqués y es mi gusto le reciba.

INÉS. Está bien.

CONDE. Espera; ayer la dejé más aliviada; ¿hoy la viste?

INÉS. Hace un instante, señor.

CONDE. ¿Y qué?

INÉS. Está tan triste...

CONDE. Triste, ¿y por qué?

INÉS. No sé, señor. La encuentro muy abatida, y á veces...

CONDE. ¡Basta! Antes de una hora ha de estar en mi presencia; me importuna ya demasiado y haré de modo que la trate con severidad. Soy su tio y tutor y, en defecto de sus padres, preciso es que me obedezca. ¿Me entiendes? (Hace un ligero ademan indicándola que se retire.)

INÉS. Voy, señor. (Aparte.) ¡Demasiado os comprendo! (Al marchar Inés dá algunos pasos el Conde marcando su enojo, y se queda á la derecha del espectador.)

ESCENA III.

EL CONDE.

Aquí se encierra un misterio, sí; pero yo sabré descorrer el velo que le cubre. Sin el Marqués todos mis planes serian perdidos, y mi afan y

mis desvelos una quimera de mi imaginacion. ¡No, no lo consentiré, y se hará mi voluntad aunque le pese! (Pausa.) Mas... ¿Que podrá ocasionar su resistencia?... ¿Será el carácter duro y áspero del Marqués? ¿Su afan desmedido de acrecentar riquezas? ¿Su modo de exigir y aún de imponer? ¡Tal vez! Bien lo conozco; pero ella me obedecerá, y... ¡No hay remedio, así ha de ser! Ya no debe tardar; voy, voy á esperarle.

ESCENA IV.

EL CONDE. — EL MARQUÉS.

(Entrando por el primer arco de la izquierda del espectador.)

MARQ. Señor conde...

CONDE. ¡Oh, bien venido! (Se dan la mano.) Pensando en vos, ahora mismo iba á esperaros.

MARQ. ¡Gracias mil! Me pareció algo temprano, y...

CONDE. ¡Nada de eso! Ya sabeis lo mucho que me agrada veros y honrarme con vuestra presencia.

MARQ. ¡El honor!...

CONDE. ¡Eh!...

MARQ. ¿Doña Blanca?...

CONDE. Más aliviada está; hoy la vereis.

MARQ. Mucho me agrada; impaciente me tenia su mal, y...

CONDE. Vuestro interés merece alabarse, señor Marqués. Os dí mi palabra de que será vuestra, y muy pronto os la cumpliré.

MARQ. Señor Conde...

CONDE. Vamos, vamos; bien lo sabeis.

MARQ. De su padre los Estados, me digísteis...

CONDE. Sí; están libres, y aún yo los aumentaré. Será

mi única heredera, y vuestra su gran fortuna.

MARQ. ¡Eh, no tanto! La mia...

CONDE. Ya sé... (Aparte.) ¡Cuánto le domina el interés! (En voz alta.) Pero dejando eso á un lado, decidme: ¿Qué se cuenta de la córte? Vos tendreis buenas noticias, sois el mejor confidente de su alteza, y no dudo...

MARQ. Sí. Como os dije anteayer, el monarca del vecino reino sigue haciendo cruel guerra á nuestro soberano; cuenta ya no pocas villas y algunas ciudades rendidas, de modo que con tales sucesos crece la agitacion y cunde la alarma por todo el país.

CONDE. Segun eso, ¿habrá salido de Zaragoza? (Aparte.) ¡Bien lo sé!

MARQ. Así es. Procura remediarlo; pero sus fuerzas aún no son bastantes para hacer frente á las del enemigo.

CONDE. ¿Tantas son? (Aparte.) ¡Seguro estoy de que no las podrá resistir!

MARQ. Cierto. Sus numerosos tercios se han estendido como una plaga por todo Aragon; pero se espera pronto socorro de las naciones aliadas, grandes y particulares del reino, á quienes se ha convocado para aumentar las filas.

CONDE. ¡Oh! Se han hecho llamamientos.

MARQ. Nos ha cogido tan desprevenidos...

CONDE. Supongo que por aquí no deberemos temer.

MARQ. Por ahora no. La guarnicion y el Alcaide Don Martin, sobre quien velo... (Aparte.) ¡Algo más debiera celarte á tí! (En voz alta.) Ya lo sabeis.

CONDE. ¡Oh! Sí, inspiran confianza.

MARQ. Hasta el dia nada he descubierto que les pueda comprometer, pero... (Indicándole que guarde el secreto.)

CONDE. Descuidad. Todos creen que asuntos muy diferentes os tienen en la ciudad: presumen que debido á vuestro valimiento me veré libre, y... (Aparte.) ¡No se me oculta que tu mision es otra, pero caerás en la red!

MARQ. ¿Decíais?

CONDE. Nada. Pienso que se vá haciendo algo tarde, y Blanca...

MARQ. Está bien. Cuando gusteis.

CONDE. Vamos, sí. Allí podremos continuar.

MARQ. Sí, vamos. (Lo hacen por la izquierda y antes de llegar á los arcos.)

ESCENA V.

JACOBO.—BELTRAN.

(Aparece éste explorando por el último arco del mismo lado, Jacobo lo hace inmediatamente despues.)

BELT. (Habiendo visto que no hay nadie.) Podeis pasar.

JAC. Yo sabré premiarte este favor. ¡Gracias, Beltran, gracias!

BELT. ¿Si supiérais cuánto me comprometeis?...

JAC. No temas, confia en mí. Ahora vé á dar aviso á Doña Blanca.

BELT. Bueno será asegurarnos por si viene el Conde.

JAC. Está bien, sí. Sin retardarte vé por esas galerías si alguien viene y vuelve al punto.

BELT. Voy.

JAC. ¡Hoy he de verla sin remedio!

BELT. La vereis, sí. Pero no os separeis de este sitio hasta que yo vuelva. (Sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

JACOBO.

¡Blanca, no podría pasar más dias sin verte! Quizás te enoje el haber osado penetrar hasta aquí; pero tiempo es ya de que sepas que habré de partir á incorporarme á las filas del Rey, y que antes, si te decides, podremos hacer que sea para siempre una misma la suerte de los dos. ¡La mia ha sido tan desgraciada!... Pero cambiará, sí, cambiará; no lo dudo. Alentado con tu amor y la esperanza de volver á verte, nada habrá para mí imposible, todo lo arrostraré hasta conquistarme un nombre que sea digno de tí. ¡Oh! ¿Quién amándole tú, no se cree casi formidable como un Dios? Pero tarda Beltran... (Acercándose por donde se fué para ver si vuelve, y quedándose parado á la salida del dicho lado izquierdo.)

ESCENA VII.

JACOBO.—DOÑA BLANCA.—INÉS.

(Llegan por el último arco de la derecha.)

INÉS. Vamos, señora. No hay remedio; así lo quiere vuestro tio el Conde.

BLANCA. ¡Dios mio! ¿Por qué empieza á causarme espanto?... (Ven a Jacobo y se detienen sin conocerle.)

JAC. (Con impaciencia.) ¿Qué podrá ocasionar su tardanza?

BLANCA. ¡Inés! ¿Quién está allí? ¿Qué hombre es ese?

JAC. (Vuelve en direccion al centro del escenario y vé á Blanca.) ¡Blanca! ¡Hermosa Blanca!

BLANCA. }
INÉS. } ¡Jacobo!

JAC. ¡Ah! ¿Quién te dijo que te esperaba?

BLANCA. ¡Aquí! ¿Tú aquí? ¡No! ¡No podemos estar juntos ni un momento!

INÉS. ¡Si viniera el Conde!... (A Blanca sobrecogida.)

BLANCA. ¡Ah! ¡No; no! (A Jacobo.) ¡Retírate! (Aparte á Inés.) ¡Que no sepa que el Marqués!...

INÉS. Descuidad.

JAC. Sosiégate. Beltran, que me proporciona tanta dicha, fué á ver donde se halla el Conde para más asegurarnos y evitar cualquiera sorpresa. Ya no tardará en venir.

BLANCA. ¿Beltran?

JAC. Sí, ese anciano respetable. ¡Te quiere tanto! ¿Y quién no te ha de querer á tí?

BLANCA. ¡Jacobo!

JAC. Cuando me confié á él se resistia, pero despues, habiéndole contado nuestro amor, mis proyectos, la lucha de afanes en que me agito y gran parte de la historia de mi vida, me dijo:—«La vereis, sí; ahora comprendo el porqué mi señora padece tambien.»—¿Y por qué padeces tú? ¿Qué hay que pueda inquietarte?

INÉS. Si lo supiera...

BLANCA. ¡Nada! Nada... ¿Por qué he de padecer? Estoy tranquila... (Con desasosiego.)

JAC. ¡Blanca, no lo ocultes! ¿A qué disimular? Cuéntame, dí.

BLANCA. No; no. ¡Dios mio! Calla...

JAC. Pero Blanca, si alguien te ofende, ¿por qué no he de saberlo yo?

BLANCA. (Aparte.) Pudiera comprometerle.... ¡No, no lo sabrá! (En voz alta.) ¡No hay nada, nada que me haga padecer! ¿A qué insistir? Verdad es que á veces preocupa mi imaginacion cierto recuerdo,

y tengo no sé qué presentimiento, que me infunde temor y causa mal estar; pero no hay nada, nada que pueda ofenderte ¡Soy feliz con tu amor!

JAC. ¡Ah Blanca, eres la estrella que para mí fulgura y con su luz me dá vida! Pero ¿ese temor, ese presentimiento de qué nace? Confíate á mí.

BLANCA. ¡No más, Jacobo, vete! Mi tio el Conde me ha mandado llamar y tal vez venga si me retardo. ¡Bien conoces que estando aquí me comprometes y te espones!... Vamos, Inés.

JAC. ¡Tan pronto!...

BLANCA. ¡Por Dios, Jacobo!

INÉS. Señora... (Con afan.)

JAC. Beltran no ha vuelto aún. No acortes unos momentos que están llenos de delicias para los dos. Y quién sabe si despues nos volveremos á ver...

BLANCA. ¡Jacobo!

JAC. Sí; venia á decirte...

BLANCA. Pero, ¡si nos vieran juntos!...

JAC. No, no temas.

INÉS. Beltran llega.

JAC. Espera... ¡Un instante más!

INÉS. ¡Por Dios, señora! (Aparte.) Advertiré á Beltran... (Corre hacia él deteniéndole y le habla al oido.)

BLANCA. Jacobo, puede sernos fatal esta entrevista. ¡Adios!

ESCENA VIII.

JACOBO.—DOÑA BLANCA.—INÉS.—BELTRAN.

BELT. (A Jacobo) ¡Retirémonos! (A Blanca.) ¡Señora, el conde viene!

BLANCA. ¡Gran Dios! (Blanca é Inés se van precipitadamente por donde han venido.)

ESCENA IX.

JACOBO.—BELTRAN.

BELT. Vamos; no nos detengamos. (Jacobo se habrá quedado como sorprendido)

JAC. (Despues de una pequeña pausa.) Beltran, ¿qué has hecho?

BELT. ¿Para qué más? De todo la habreis hablado.

JAC. No, Beltran, nada sabe todavía.

BELT. ¿Cómo? ¡Voto há! Pero no hay que perder tiempo; yo haré porque la volvais á ver. (Aparte.) ¡Del Conde no sé qué pensar; pero ódio me inspira el Marqués!

JAC. ¿Me lo prometes?

BELT. Sí, la volvereis á ver; pero salgamos.

JAC. Vamos, pues. Ahora más que nunca deseo conocer los misterios de ese arcano. ¡Ah, Blanca, te salvaré!

CAMBIO DE DECORACION.

Terreno escabroso y arbolado, figurando prominencias al final.

ESCENA X.

DON JULIAN.

En traje de peregrino. Sale por la derecha del espectador, atravesando pausadamente el escenario y se detiene antes de llegar al lado opuesto.

¡Cansado estoy! Siento que mis fuerzas desfallecen y en vano intento seguir... ¡Qué noche!... ¿Si me habré perdido? Caminando con la oscuridad, he creido hallar un abismo á cada paso... ¡Un abismo! Qué horrible pesadilla, y cuánto me

atormenta este tenaz recuerdo. ¡Por todas partes me persigue y sin esperanza!... Ya no vivirá, no, fruto inocente de padres desventurados. ¿Pero á qué fatigarme tanto, si entre el furor de las olas le perdí? ¡Qué noche aquella tan terrible! Desde entonces... ni un momento de descanso... siempre en su busca, y... nada... ¡Oh, maldita fatalidad! ¿Por qué me salvé y no quiso lo suerte que con él pereciera? ¡Dejára de ser tan infeliz! (Pausa.) Pero... ¿no he de hallarle? ¿No habré de volver á verle nunca? ¡Ah, en tanto laberinto se turba mi razon! Voy... voy... (Procura andar, aunque débilmente.) Mas, ¿qué es esto?... Mi vista se anubla... ¿Deberé descansar?... Sí... sí... Me siento tan rendido... (Fija la vista en unas peñas, que figura haber á la izquierda del espectador.) ¡Aquí, en tanto que amanece, esperaré, y durmiendo tal vez se calme mi dolor! (Se sienta detrás de ellas, de modo que quede sin ser visto.)

ESCENA XI.

DON FÉLIX.—DON LUIS.—DON TELLO.

(Visten armaduras con arreglo á la época, y entran por la derecha con otros guerreros, que se irán colocando en órden al final del foro. Los movimientos en esta escena y en las siguientes serán pausados.)

FÉL. (Despues de haberse persuadido de que no falta ninguno de los que venian con él y bajando al proscenio.) Los demás irán llegando. (A Don Luis que habla en silencio con Don Tello.) Que avancen éstos y colocadlos en órden por esas alturas. (Señalando el interior de la izquierda.)

LUIS. Está bien. (Hace un saludo y marchan.)

ESCENA XII.

DON FÉLIX.—DON TELLO.

TELLO. Por lo que veo, habremos de seguir la marcha hasta llegar á Daroca.

FÉL. Así es.

TELLO. ¿Y no os parece que debiera dársenos algun descanso?

FÉL. Sí, pero no seria prudente entre estas breñas. Se dice que el enemigo nos prepara una emboscada, y ya veis...

TELLO. Teneis razon. El terreno es muy apropósito y pudiera suceder.

FÉL. No os separeis de este sitio hasta que os avisen. Vuelvo al lado del Rey y en seguida á ordenar la gente. Cuidad de darnos parte si algo ocurre.

TELLO. Así lo haré.

ESCENA XIII.

DON TELLO.

Cruel, por demás, se vá haciendo esta maldita guerra; por todas partes nos persiguen las huestes contrarias y no dejan una hora de quietud á nuestro campo.

ESCENA XIV.

DON TELLO.—DON LUIS.

LUIS. ¿Tambien es deber de Don Tello guardar este puesto?

TELLO. Tambien, Don Luis.

LUIS. ¿Y será esta noche como la pasada?

TELLO. Es de esperar. Hasta que ocupemos otro terreno ménos espuesto, no hay más remedio que vivir alerta.

LUIS. ¡Diablo! No nos dejan un momento de sosiego; y sabeis que si esas partidas que van formando los grandes y algunos aventureros no acaban de llegar en nuestra ayuda, tendremos que sentir.

TELLO. ¡Y tanto! Como que el de Castilla avanza con la velocidad del rayo, sin que hasta ahora nadie se lo haya podido impedir.

LUIS. Entiendo que el Rey no debiera exponer su vida en campaña, siendo aún tan desigual en fuerzas á las del enemigo.

TELLO. No tardarán en llegar las que se esperan. Os lo aseguro.

LUIS. Así lo creo. Pero ¿habeis observado? ¿No hallais su aspecto sombrío?

TELLO. ¡Quién lo duda! Esas malditas revueltas y tantos disgustos contínuos no son para ménos. Desde que supusieron algunos magnates que habia abandonado el tálamo nupcial por amoríos con no sé qué dama, de quien se dice tuvo un hijo, no han cesado los trastornos, y eso que hace ya muchísimo tiempo.

LUIS. ¡Ya sé! El Conde de Claraluz fué el principal motor.

TELLO. Por eso le desterró á una de sus posesiones en las inmediaciones de Orihuela y le separó de la intervencion que tenia en los asuntos de Estado.

LUIS. ¿Y seria cierto?

TELLO. No me atreveré á afirmarlo; pero sí que las intenciones del Conde fueron siempre las de divi-

dir el reino; se entiende porque así cuadraba á sus fines particulares.

LUIS. Pues veo que lo consiguió.

TELLO. ¿Oís? Parece que se sienten pasos.

LUIS. (Despues de haber mirado hácia el interior de la derecha.) Sí, es el Rey que se dirije á este sitio acompañado de algunos guardias.

TELLO. ¿Están los centinelas bien colocados?

LUIS. Todos ocupan sus puestos.

ESCENA XV.

DON TELLO.—DON LUIS.—EL REY y gente armada.

REY. Ya los crepúsculos empiezan á anunciar el albor del dia. ¿Están todos dispuestos?

TELLO. Señor, Don Félix hace algun tiempo que fué á preparar las huestes; sin duda espera el superior mandato de vuestra alteza.

REY. Está bien. Id corriendo esas avanzadas; y vos tambien (á D. Luis.) con mis guardias id á coronar aquellas alturas por donde hemos de pasar. (Señalando el interior de la izquierda) Yo esperaré aquí, se me dé aviso de estar preparados todos para continuar la marcha.

ESCENA XVI.

EL REY.

(Despues de un corto espacio.) ¡Ah! Quiero estar solo y respirar libremente, aunque sea por momentos. ¡Qué vida! Y en medio de tantos y tan crueles tormentos, el recuerdo de mi hijo no se aparta de mi imaginacion. Ahora mismo... en el campamento... en todas partes se me presenta su sombra... y nunca le encuentro feliz... siempre

sumido en la miseria... ¡Oh, lucha terrible de mi destino! ¿Por qué tanto infortunio?... (Pausa.) Tambien la guerra, despues de tantos males, parece venir lanzando el exterminio y la desolacion en mi reino. Veo mis campos talados y bañados de inocente sangre, víctimas mil, que heridas por la fatalidad que me persigue, lloran sin consuelo la pérdida de un hijo, ó éste la de un padre... ¡Ah! Cuánto pesa sobre mí, y qué contraria me ha sido siempre la suerte... Pero, ¡Dios mio! ¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo? ¡Julian ¿Qué hiciste de él? ¿Dónde le ocultas?... (Se vuelve hácia la derecha del espectador, y sube como trastornado por esta idea hasta el final del foro.) ¿Por qué te le encomendé, si no me le devuelves!... (Se lleva la mano derecha á la frente é inclina la cabeza.)

ESCENA XVII.

El Rey.—Don Julian.

Jul. (Levantándose y saliendo sobresaltado.) ¡Qué horrible ensueño! ¡Me ha parecido oir!...

Rey. ¡Julian! ¡Julian!! (De espaldas á éste.)

Jul. (Sorprendido.) ¡Gran Dios! ¡El Rey! ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que por mí pasa? ¡Me ocultaré! (Lo hace precipitadamente.)

ESCENA XVIII.

El Rey.

¡Ingrato amigo! (Con decaimiento.) ¡Ah! ¿Pero á qué te invoco si no has de venir á consolarme?... ¡A cada instante te recuerdo y con tu nombre se redobla mi martirio! Mas... ¿Qué escucho?...

Sí, los mios son. ¡Infelices tambien! Vamos. ¡Dios me dé para alentarlos el valor que necesito!

ESCENA XIX.

El Rey.—Don Félix.

Félix. Señor, preparadas ya las hazes y gente de todas armas, sólo esperan las órdenes de vuestra alteza para marchar.

Rey. Está bien, enseguida. Vamos.

ESCENA XX.

Don Julian.

(Despues de haberse persuadido de que no hay nadie.)

¡Se fué!... Sí. ¡Cuán expuesto estuve! Si hubiera sabido que el Julian á quien llamaba en su delirio le tenia delante... ¡Oh; gracias, gracias buen Dios! Yá que no he podido devolverle su hijo, en este momento, os habeis compadecido de mí. ¡Ah! ¡Huyamos; sí! ¡Vuelo á ocultarme donde los hombres ni el mundo me vuelvan á ver jamás! ¡Jamás!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Panteon de la familia de los Condes. A la derecha del espectador una reja, á la izquierda un sepulcro que, entre otros, figura encerrar los restos de los padres de Doña Blanca. Puerta principal al fondo y otra lateral secreta á la izquierda. En el centro una lámpara encendida. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA.—INÉS.

(La primera cerca de la reja, la segunda á su lado.)

INÉS. Vamos, señora, ved que es tarde y el Conde os echará de ménos. No sé por qué quereis estar siempre lamentando lo que no tiene remedio y puede causaros mal. ¡Salgamos ya! Este lugar sólo está bien para los muertos. (Se aproxima Doña Blanca á la reja.) ¿Qué haceis?

BLANCA. Déjame, Inés. ¡Aquí, donde nada altera este silencio profundo; donde todo es lúgubre como mis esperanzas, siento que se adormece mi penar y mi alma encuentra algun alivio!

INÉS. ¡Qué locura! Yo no debo permitirlo. En vuestro aposento estareis mejor. Vamos, venid.

BLANCA. No, acércate. ¿Ves, ves qué hermosa está la no-

che? Por esta reja se respira un ambiente tan puro que embalsama mis sentidos y reanima mis fuerzas. ¡Allí carezco de todo! ¿Tú tambien quieres privarme de unos momentos que son, para mí mi única felicidad?

INÉS. No tal; pero...

BLANCA. ¡Ah! Si supieras el consuelo que encuentra mi corazon en este recinto, al lado de estos sepulcros, en esta soledad! ¡Huérfana en el mundo, sin nadie que me ampare, mi suerte, mi desgraciada suerte, es ménos cruel llorando la pérdida de unos padres que tanto me querian, que tanto me idolatraban y que yo les adoraba sin fin! (Atraviesa pausadamente el escenario hasta llegar al sepulcro de sus padres.)

INÉS. ¡Válgame Dios; volveis á lo mismo! No seais así. ¿Quién sabe? Tal vez se logre hacerle variar. Vuestro tio el Conde no será tan cruel!

BLANCA. ¡Ay, Inés, imposible, imposible; antes me hará morir! Bien sabes tú á dónde llegará su furor si yo no accedo; me quiere sacrificar al Marqués, y se necesita mucho valor para oponerse á su tenaz empeño.

INÉS. ¡Os asaltan muy negros presentimientos! ¿Nada esperais en?...

BLANCA. ¿Jacobo? Sí era mi única esperanza; pero debe partir, sin perder tiempo, á formar parte de los tercios del Rey, y no le veré más... ¡La felicidad, Inés, hace mucho que huyó de mí y no me queda otra que la de regar con mis lágrimas estos preciosos manes!

INÉS. Vamos, está visto, no bajais aquí más que para entristeceros.

BLANCA. ¡Qué ingrata eres, déjame! Si á un tormento

me lleváran, no me harian tanto daño como separándome de este lugar. Pasan para mí las horas dulcemente en este callado recinto, y si pienso en la paz que disfrutan los que en él descansan, ensalzo á la eternidad. ¡Ah! Véte, quiero estar sola al lado de mis padres... ¡Todos me hacen padecer, y ellos nunca supieron hacerme mal.

INÉS. Pero...

BLANCA. ¡Vete!

INÉS. Se empeña, y si viene el Conde...

BLANCA. ¡Calla! ¡Calla!

INÉS. (Aparte.) No podré convencerla, y la quiero tanto... Volveré.

ESCENA II.

DOÑA BLANCA.

(Contempla algunos momentos el sepulcro de sus padres y se arrodilla.)

¡Padres! ¡Padres mios! ¿No me oís? ¿No escuchais los lamentos de vuestra hija? ¿Por qué no salís de estos sepulcros y venís á defenderla? Madre mia, tú que sin saberlo, me dejaste entregada á las maldades de un tio que nada le compadece, ¿es, por ventura, algun crímen abrigar una pasion pura en el alma, digna de un Dios, porque él la inspira, y santa como la misma divinidad? No, yo soy víctima de su desenfreno y de su ambicion desmedida; por ella sufro una horrible tortura, vivo en la orfandad, y quiere que sea de un mónstruo que en todo se le iguala. ¡Dios mio! ¿No habrá un resto de piedad para esta infeliz, que la acabará el dolor si vuestra infinita bondad no la ampara? ¿No apartareis de mí tanta inhumanidad? ¿Será preciso morir?

¡Ah! Sí, fuerza será... ¡Padres mios, quebrantad estos mármoles y dadme cabida en vuestra fosa; yo quiero tambien dormir en paz. (Reclina la cabeza y solloza.)

ESCENA III.

BLANCA.—JACOBO.

JAC. No me engañó Beltrán. ¡Allí está!... ¿Cómo me acercaré sin sorprenderla? (Se aproxima.) ¡Blanca!

BLANCA. ¿Otra vez? ¡Dejadme! ¿No lo he dicho ya?

JAC. ¿No me conoces? ¡Blanca! ¡Hermosa Blanca! (Se levanta rápidamente.)

BLANCA. ¡Ah! ¿No es un sueño? ¡Dios mio! ¿Estoy despierta? ¡Jacobo!

JAC. ¡Blanca, sí! Pero... ¿Qué es esto? ¿Por qué tan triste? ¿Qué vienes á hacer aquí?

BLANCA. Nada...

JAC. ¡Ah! No eran vanas mis sospechas; este palacio se ha convertido en un infierno. ¡Por Dios, Blanca, díme...

BLANCA. No; nada... nada...

JAC. ¿Pero es posible, si tus lágrimas me lo están diciendo?

BLANCA. Es que... (Aparte y procurando rehacerse.) ¡Dios mio! si se lo digo le pierdo. ¡No! (En voz alta.) Suelo yo venir aquí... ya lo ves... porque me faltan mis padres y... al orar por ellos... confieso que me entristezco.

JAC. Tus padres. ¡Ah! ¿Por qué me recuerdas los mios?

BLANCA. Es verdad, pero...

JAC. ¡Los perdí desde pequeño sin saber dónde se fueron ni si vivirán!

BLANCA. ¿Quién sabe? ¿No me dijiste que se debieron salvar cuando tú te salvaste?

JAC. Pudo ser; pero aunque vivan deben ya creerme muerto.

BLANCA. ¡Cuán desgraciados somos!

JAC. Sí, pero...

BLANCA. ¡Ah! Mi cabeza está trastornada, se me habia olvidado. ¿Cómo has podido penetrar hasta aquí? ¡Estoy sola! ¡Vete! ¡Vete!

JAC. ¿Por qué? ¿No soy yo quien más quiere tu virtud sin mancha? Oyeme. Venia á decirte, que mañana habré de partir y que esta noche, si te decides, un sacerdote bendecirá nuestro amor y juramentos.

BLANCA. ¿Qué dices?...

JAC. ¡El Supremo Hacedor vela por nosotros, y así lo quiere!

BLANCA. ¡Dios mio!

JAC. No temas, todo está dispuesto. Beltran, ese antíguo y fiel servidor de tus padres, me dijo anoche.—«No os queda otro remedio, yo os ayudaré; sus padres me la encomendaron al morir y obrando así habré cumplido con mi deber.»—Ya lo vés; si te resuelves, esta noche á las dos abandonarás para siempre este odioso palacio.

BLANCA. ¡Jacobo!

JAC. Es preciso decidir.

BLANCA. (Aparte y desviándose algunos pasos de Jacobo.) ¡Cómo late mi corazon!... ¿Qué haré?... ¡Dios mio!... ¡Si de mí dispone el Conde soy infeliz!... ¡Ah! ¡No! (Volviéndose rápidamente á Jacobo.) ¡Tuya soy! ¡Jacobo, sálvame! (Se arroja en sus brazos, despues se desprende y se arrodilla precipitadamente junto al sepulcro de sus padres, exclamando.) ¡Padres,

padres mios, si no hago bien, perdonadme!...

JAC. Levántate, ven. ¡La hora de la ventura luego sonará para los dos, la fortuna me será propicia, y...

BLANCA. ¡Ah! Vete, vete ya.

JAC. ¿Temes acaso?

BLANCA. Yo debo salir de aquí inmediatamente. De mi tardanza tal vez recelen y alguno puede venir.

JAC. No; no vendrán.

BLANCA. ¡Todo se habria perdido!

JAC. ¡Imposible! Suceda lo que quiera, se verificará. Beltran te irá á buscar para acompañarte, yo permaneceré oculto.

BLANCA. No, no te espongas. ¡Si te vieran!...

JAC. Descuida, me sabré guardar.

BLANCA. ¡Mira lo que haces!

JAC. ¡Bien lo sé! ¡Hasta las dos! ¡Tu amor y tu libertad!

BLANCA. ¡Anda, y que Dios lo quiera!

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA.

(Despues de haber seguido con la vista á Jacobo desde la puerta y volviendo al centro del escenario.)

¡Se fué!... No sé qué aciago temor sobrecoje mi espíritu y debilita mis fuerzas. Si el Conde llegara á saberlo, no habria compasion para mí. Subiria al colmo su desesperacion, y... ¿quién sabe?... ¡Me mataria! De su enojo todo se puede esperar... Voy, no recelen... ¡Mas!... ¿Qué veo?... ¡Sí!.. ¡Ellos son!.. ¡Ah!!! (Al dar este grito se acoje al sepulcro de sus padres.)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.—EL CONDE.—EL MARQUÉS.—GILBERTO.—ERNESTO.

MARQ. (Al entrar y dirigiéndose al Conde.) ¿La veis? ¡Un hombre he visto de aquí salir!

CONDE. (Aparte.) ¡Todo se ha perdido! (Se llega á Blanca y la coje violentamente de un brazo.) ¡Alzate de ahí! ¿Qué has hecho? ¿Dónde está tu honor? ¿Así le mancillas y te atreves á guarecer donde no debieras acercarte? ¡Aparta! (Lanzándola de si.) ¿Quién estaba contigo? ¡Responde!

MARQ. (Aparte.) Por él me desprecia... ¡No hay duda!

BLANCA. ¿Qué es lo que por mí pasa?...

CONDE. ¡Habla pronto! ¿Quién es, dí? ¿Callas? ¡Iré á á buscarle! (Se dirige á la puerta y el Marqués se le interpone.)

MARQ. ¡Deteneós! ¡A mí toca! ¡Yo iré!

CONDE. ¡Enseguida, sí, y no haya piedad!

MARQ. ¡Oh, si lo encuentro!... (Desenvainando la espada.)

CONDE. (A Gilberto.) ¡Que salgan todos y ninguno vuelva hasta traerle! ¡Le quiero ver para despedazarle!

BLANCA. (Aparte y acongojada.) ¡Dios poderoso, sadvadle! (Se lleva las manos á la frente y se cubre el rostro inclinando la cabeza.)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA.—EL CONDE.—ERNESTO.

CONDE. No lo quiero creer y su turbacion diciéndome está que es cierto...

BLANCA. ¡No, no lo creais! Mandad que todos vuelvan, tú (A Ernesto.) corre, avisa que nadie se mueva;

que todos estén quietos. ¡No hay nada, nada! Tio y señor, no os he podido responder, estaba sobrecogida, me habeis injuriado... (A Ernesto que continúa indeciso.) ¿Qué haces? ¡Anda!... (Impeliéndole á que salga.)

CONDE. (Cogiéndola de un brazo y llevándola aparte.) Malvada, lo está declarando tu agitacion y...

BLANCA. ¡No, mandadlo! Yo os lo contaré todo. ¡No soy culpable! Bajé como de costumbre á orar por mis padres y...

CONDE. ¡Quita allá, fementida! Débiles son tus disculpas! ¡Me has perdido! ¡Me has perdido! (Dando pasos descompuestos.)

BLANCA. ¡Escúchadme!

CONDE. (Volviéndose á Blanca repentinamente.) ¡Qué! ¡No es cierto! ¡Pues bien! ¡Darás tu mano al Marqués! ¿Lo entiendes?

BLANCA. ¡Señor!

CONDE. (Con voz reconcentrada, cogiéndola y volviendo á llevarla aparte.) ¡De lo contrario, desde mañana no volverás á ver la luz del dia!

BLANCA. (Desprendiéndose del Conde y aparte.) ¡No puedo más! ¡Es muy cruel! (Al Conde.) ¡Basta! ¡Al fin no sois mi padre ni jamás os diera derecho para tratarme así! ¡Haced que se tornen para mí los dias en tinieblas, preparándome una noche eterna y oscura cual ninguna, pero nunca consentiré!

CONDE. ¿La escucho y aún existe? ¡Tal audacia! ¡Huye! ¡Ernesto, apártala! (En el colmo de la ira y de la desesperacion.) ¡No sé si ahora acabe con su vida ó la haga lenta perder!...

BLANCA. ¡Eso horroriza; pero mi corazon no cambiará!... ¿Por ventura, sabeis lo que es amar? ¡No! De otro modo no osaríais violentarme. ¡Bañada el

alma con el rocío de la divinidad, es poseedora de ese sublime dón que tanto la engrandece y hace admirar la naturaleza entera! ¡El que la contraría, la ultraja!!! ¡Vos no podeis cortar las alas del alma ni de su inspiracion!!!

CONDE. ¡Aún te atreves! ¡Llevadla! (A Ernesto.) ¡Yo estinguiré ese amor que me envenena! (Aparte.) ¡Oh, me haré obedecer!

BLANCA. (Para sí y llevándose la mano á la frente.) ¡Qué pesadez! ¡Siento que mis sienes acaloran mi cabeza y trastornan mis sentidos!

CONDE. ¡Marchad!

ERN. Vamos, señora.

BLANCA. ¿A dónde? (Turbada ya la razon.) ¡Y Jacobo! ¡Qué vá á ser de él! (Se dirige hácia la puerta del fondo.)

CONDE. ¡Su amante! (Alcanzándola y cogiéndola de un brazo.) ¡Espera, espera, le verás morir! ¡Ya no tardarán! ¡Con su sangre lavaré esta afrenta!

BLANCA. ¿Quién? ¡Vos! ¡Con su sangre! ¡Ah!!! (Al dar este grito sale precipitadamente, Ernesto detrás.)

ESCENA VII

EL CONDE.

¡No hay remedio! ¡Ya no me queda esperanza! ¡Blanca; pues tu empeño labra mi desdicha, tampoco habrá para tí compasion! Así desbaratar mi obra cuando más seguro contaba con mi triunfo... ¡Ah!... Si aún pudiera con maña... (Dá algunos pasos y se detiene.) ¡Imposible! Los ha visto y será una temeridad querer convencerle de lo contrario... ¡Mas! ¿Qué veo? ¡Solo viene el Marqués!... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Probemos, y si lo alcanzo, consentirá por fuerza aunque la acabe el dolor!

ESCENA VIII.

EL CONDE.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¡Señor Conde, nada! He recorrido todas las galerías, he bajado hasta la cerca que separa el bosquecillo de palacio, y nada... era ya tarde. ¡Vive el cielo!

CONDE. ¿Y bien? Vamos, seguid (Con impaciencia.)

MARQ. Desde allí, observando, me pareció distinguir á lo léjos una sombra, la de un hombre, que con cautela se deslizaba á favor de la oscuridad. Enseguida me dirigí precipitadamente á la puerta; pero desapareció, sin que le pudiera encontrar despues. ¡Voto al cobarde! ¡No se me escapará! ¡Yo le buscaré y, aunque se oculte en lo más profundo de la tierra, le haré salir para vengarme!

CONDE. (Aparte.) ¡Mucho me favorece esto! (Procurando rehacerse y variando el semblante.) Señor Marqués, calmáos y oidme sin ofenderos. Veo que todo ha podido ser un arrebato de vuestra imaginacion y no me extraña; porque las apariencias se nos presentan á veces de tal modo, que cualquiera las tendria por realidades.

MARQ. ¡Qué! ¿Dudais que ví á un hombre salir de este panteon? ¿Y á Doña Blanca no la hallamos aquí?...

CONDE. Así es; vimos á Doña Blanca, pero si ahora reflexionais conmigo tranquilo, no me negareis que nada hay en ello de particular, y que en ser así está la prueba de su inocencia.

MARQ. ¿A dónde vais á parar? ¡Me hareis perder el juicio!

CONDE. ¡No tal! Vos ignorais que Blanca, desde hace unos dias que fué el aniversario del fallecimiento de sus padres, baja á orar por ellos, sin que yo me oponga, porque es muy justo. Cuando llegamos, recordareis que estaba llorosa, y no tengo ya la menor duda de que, viniendo esta noche, sólo estuvo aquí con ese objeto. (*Ligera pausa.*) ¡De lo contrario profanára el respeto que se merece este sitio, y ni vos ni yo debemos imaginarlo sin faltar!...

MARQ. Será verdad cuanto decís; pero tambien es cierto que yo no me engañé ni fué una quimera de mi imaginacion...

CONDE. ¡Ea, basta de ilusiones! Os la tengo ofrecida por esposa, y vuestra será. ¿A qué tanto insistir? Que entran y salen no pocas personas con distintas pretensiones, vos lo sabeis. A cada instante, ¿no se ven cruzar algunas, sin que por ello merezcan llamar nuestra atencion?...

MARQ. (*Con ademan incrédulo.*) ¡Como querais!...

CONDE. Vamos, sois amante y es propiedad; todos suelen desvariar lo mismo.

MARQ. Podrá ser; pero ahora recuerdo... ¡Estaba entreabierta la puerta principal que aquí conduce!

CONDE. Entreabierta... (*Aparte.*) ¡No lograré convencerle!

MARQ. ¡Bien quisiera que fuera una ilusion mia; pero!...

CONDE. (*Aparte.*) ¡Recurramos al último esfuerzo! (*En voz alta.*) No os canseis. ¿Olvidais que á mí más que á vos debiera tener todo esto en brasas? Pues bien; vedme tranquilo. ¡A no estar cierto de lo que os digo!...

MARQ. Me alegraré que así sea. Está bien. ¿Si gustais?...

CONDE. Vamos, sí. (*Aparte.*) ¡Será del Marqués, no hay remedio! (*Al ir á salir se detienen.*)

MARQ. Esperad, esperad. ¡Ernesto viene presuroso!...

CONDE. ¿Qué habrá sucedido? (Aparte.) ¡Me hace temer su venida!

ESCENA IX.

El Conde.—El Marqués.—Ernesto.

MARQ. ¿Qué hay?

ERN. (Deteniéndose á la entrada y con voz alterada.) Venid, señores, venid. ¡Doña Blanca ha perdido la razon! Cuando yo la acompañaba prorrumpió en gritos diciendo: —«¡Voy á morir! Jacobo, libértate! ¡Huye, huye del mónstruo que atenta contra tu vida!»

CONDE. ¡Eso dijo! (Como fuera de si y contraido el semblante por la ira.)

MARQ. ¿Qué más? (Con afan.) ¡Sigue! ¡Sigue!

ERN. Despues estuvo en poco caer al suelo desmayada, la cogí, se desprendió y anda como desatalentada.

CONDE. ¡Oh, desesperacion! Al que nombraba, ¿le has visto? ¿Dónde está?

ERN. Señor Conde, á nadie he visto.

CONDE. ¿Hácia dónde iba Doña Blanca?

ERN. Hácia la galería oscura que conduce al Torreon.

MARQ. ¿Estais ahora, Conde, cierto de que yo no me engané? ¡Blanca ama á ese Jacobo! ¡Acaso es un miserable y le prefiere á mí!... ¡Ardo en deseos de vengarme y de atravesarle el pecho con mi espada! (La desenvaina.)

CONDE. ¡Venga acá! ¡Dadme ese acero! (Se le quita.) ¡Yo soy quien debo vengarme!

MARQ. ¿Qué habeis hecho? (Procurando que se le devuelva.)

CONDE. ¡Apartáos! ¡Hasta que le haya teñido en su sangre no os le devuelvo!

ERN. ¡Señor, ved que!...

CONDE. ¡Adelante y no haya réplicas! ¡Guíame! ¡Presto!

MARQ. ¡Señor Conde!...

CONDE. ¡Nadie me detenga! (Se abre paso.)

ESCENA X.

EL CONDE.—EL MARQUÉS.—ERNESTO.—DOÑA BLANCA.

(En el momento que va á salir el Conde aparece Doña Blanca en actitud trastornada por un delirio.)

BLANCA. ¡Los tiranos! ¡Ah! (Al dar este grito retrocede el Conde á la izquierda del espectador, el Marqués y Ernesto á la derecha, procurando que haya suficiente espacio en las distancias para que se destaquen bien las figuras.)

MARQ. ¡Ella!

CONDE. (Hace un movimiento amenazador y se contiene.) ¡Qué voy á hacer!

BLANCA. (Yendo hácia el Conde y colocándose frente á él.) ¡Herid! ¡No os detengais! ¡Buscando venia al verdugo!

MARQ. (Al Conde.) ¡Su cabeza está trastornada! ¡Señor Conde, serenáos! ¡Alejémosla y procuremos que la descanse! (Sin variar el Marqués de posicion.)

BLANCA. ¿A dónde? ¿En el otro mundo? Mejor será. (Mirando al Marqués de una manera imponente y fija, hasta hacerle bajar la vista.)

MARQ. ¡Me confunde su mirada!

BLANCA. ¡Allí!... ¡Sí!... Allí podré amar... libremente! ¿Qué has hecho de Jacobo, dí? ¡Asesino! ¡Hazte allá! (Retrocede el Marqués.) ¡Lejos! ¡Lejos de mí... porque tu presencia me llena de horror! ¡Aparta!

CONDE. ¡Delante de mí! ¡Si no enmudeces, yo te arrancaré la lengua!

BLANCA. ¿Porque os dige la verdad? (Dando una fuerte carcajada y con creciente ironia.) ¡No me acordaba! ¡Insensatos! ¿Y así pretendeis que me rinda á vuestro albe-

drío? ¡No, no lo espereis! ¡Antes dejaré de existir!

CONDE. ¡Ya no puedo sufrir más! (Va hácia Doña Blanca.)

ESCENA XI.

EL CONDE.—EL MARQUÉS.—ERNESTO.—DOÑA BLANCA.—BELTRAN.—INÉS.

BELT. (Llega y se interpone inmediatamente.) ¡Señor! ¿Qué vais á hacer?

INÉS. (Corriendo á abrazar y retirar á Doña Blanca.) ¡Señora!

BLANCA. ¡Inés! (Queda en sus brazos y se la lleva, viéndoselas al salir marchar por la derecha.)

CONDE. ¡Lleváronsla! ¡Sí! ¡Que no la vea! (Hace una pausa para dar tiempo á que Doña Blanca é Inés estén distantes. Despues con presteza y resolucion continúa.) Pero.. ¿A qué me detengo? ¡Aquí debe estar su amante! ¡Seguidme! (Dirigiéndose á Ernesto y Beltran.) ¡Yo encontraré á ese malvado! (Salen los tres y se les ve marchar por la izquierda.)

BELT. (Que se quedó detrás.) ¡Todo se ha frustrado!

ESCENA XII.

EL MARQUÉS.

(Como abismado y despues de meditar algunos momentos.)

¡Me rechaza! ¡Sí! ¡Ya no puede ser mia, ni el porvenir que con ella esperaba! ¡Todo se acabó! ¿Y habré de resignarme?... ¡No, aún me queda la venganza! ¡En su frenesí me miró indignada y me llamó asesino!—«¡Hazte allá!—dijo.—¡Léjos! ¡Léjos de mí, porque tu presencia me llena de horror!»—¿Y lo he podido escuchar? ¿Y lo he podido sufrir? ¡Tal ultraje!

¡Jacobo, yo sabré quién eres, y pues por tí me desprecia, con tu vida, sí, con tu vida saciaré mi rencor! ¡Dónde estás!!.. (Con ira y como fuera de sí.)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS.—JACOBO.

(En el momento de pronunciar el Marqués las últimas palabras, aparece Jacobo por la puerta secreta, y llegándose á aquél, que habrá bajado al proscenio, y estará de espaldas, le toca con la mano derecha en el hombro.)

JAC. ¡Aquí! ¡Id y decid á Doña Blanca, que á Jacobo habeis visto! (Con desprecio.) ¡Que no tema del Conde ni del Marqués! ¡Que yo la guardo! ¿Lo oís?

MARQ. ¡Jacobo! ¿Y se atreve á insultarme?... (Se lleva la mano derecha al costado izquierdo.) ¡Mi espada! ¡Oh!

JAC. ¡Porque os falta no estais muerto! ¿Me conoceis ya? ¡Ahora id, y cumplid mi encargo!

MARQ. ¡Tal afrenta! ¡Esta más!

JAC. ¡Marchad! (Señalándole la puerta.)

MARQ. (Aparte.) ¡Me vengaré!!

(Se miran con indignacion, y Jacobo sigue señalando al Marqués, con el brazo derecho estendido, la puerta del fondo por donde ha de salir.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Vista de montañas escarpadas. A la derecha del espectador, la entrada de una gruta. Es de noche. Truena á intervalos y amenaza, con ráfagas de viento y exhalaciones eléctricas, récia tempestad.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués.

(Encubierto en un largo ferreruelo.)

¡La noche parece reprobar mis designios! ¡Crece la tempestad! ¡Al anchuroso cielo cubren densas y vastas nubes! ¡Todo es horror! ¿Será que el Dios potente quiera alejarme de este lugar, acobardando mi espíritu, y llenándome de espanto? ¡No! ¡Tarde es ya! (Truena.) ¡El trueno aterrador resuene y cunda por las concavidades del espacio inmenso! ¡Rasgue la impetuosidad del rayo el negro velo que oscurece el horizonte! ¡Todo sean fúrias! ¡Nada me arrredrará!... ¡Firme en mi propósito, no me apartaré de aquí hasta quedar vengado! (Pausa.) Dos meses sin poder hallarle, dos meses que, hirviendo en mi corazon el despecho de la afrenta, me he abrasado en la

ansiedad.... ¡Llega, momento que aguardo, no te retardes!... Jacobo, tú malograste mi fortuna, y osado te atreviste á insultarme; pues bien: ¡mi daga vengará la ofensa que me hiciste y dejarás de existir! (Pausa.) Por fin, supe que, aventurero, tienes los tuyos ahí cerca, que á media noche te separas y pasas solo por aquí. ¡Ah! Con cuánto desahogo ya respiro... (Pausa.) ¡Blanca, tú me llamaste asesino, y vengo á hacer que se cumpla tu pronóstico! Pasos siento... (Se aproxima á la izquierda para persuadirse.) ¡Sí! ... ¡El es!.... ¡Me ocultaré!...

(Lo hace rápidamente al final del foro y salida de la derecha.)

ESCENA II.

El Marqués.—D. Julian.—Beltran.

El ultimo sale por la izquierda, muy embozado, con igual trage que el que usó Jacobo en el acto anterior. Atraviesa con ligereza el escenario, y al pasar por donde está el Marqués, es herido y cae muerto sin ser visto; de modo, que el espectador crea que ha sido Jacobo. En el mismo momento aparecerá D. Julian en lo alto de la montaña, vestido de ermitaño, con báculo y linterna encendida. Trueña fuertemente, se oye crugir el viento y la claridad de algunos relámpagos ilumina la escena.)

Marq. ¡Muere!

Belt. ¡Ay! (Se oye la caida de un cuerpo muerto.)

Jul. ¡Gran Dios! ¿Qué veo? (Se detiene.)

Marq. (Saliendo al escenario.) ¡Mi venganza está satisfecha! ¡Ahora venga sobre mí el universo entero!!!

ESCENA III.

Don Julian.

¡La maldicion del cielo caiga sobre el asesino! (Baja y mira por donde se fué el Marqués.) ¡Recatándose vá! (Pausa.) ¡Hasta este retirado sitio, donde algun

sér abrumado, como yo, busca solitario albergue, llega de la alevosía el cruento espectáculo! ¡Ah! ¿Si no le hubiera muerto? (Se aproxima, le reconoce y vuelve.) ¡Nada hay ya sagrado que respete el crímen! De su herida la sangre humosa, sale á borbotones y enrojece el suelo. ¡Infeliz! ¿Quién te trajo en mal hora por estos riscos? (Pausa.) ¿Cómo saber quién es? ¡Si fuera alguno de los guerreros que están acampados ahí cerca, mucho podria comprometerme!... (Recordando.) Sí, ví venir y volver uno las noches anteriores y... (Se acerca donde quedó muerto Beltran y vuelve al escenario.) No tiene armadura. ¡Si pudiera descubrir al delicuente!... ¿Qué haré?... ¡Me encuentro tan rendido!... y la tormenta no cesa. (Retruena lentamente.) ¡No, no puede ser! Descansaré, y al venir el dia iré á dar parte á la ciudad.

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA.—ERNESTO.

(La primera en traje de hombre, cubierta con un ferreruelo. Vienen por la derecha y distinto sitio de por donde se fué el Marqués.)

BLANCA. Esa es la gruta, aproxímate y vé si está en ella el solitario.

ERN. Voy; ¿pero estais resuelta? ¡No temeis la noche!

BLANCA. Anda, y haz lo que te mando.

ERN. (Habiendo observado desde la entrada de la gruta.) Señora, parece que no hay nadie.

BLANCA. Bien; pues vé á colocarte donde te tengo dicho, media hora no más, y en ese tiempo cuida de estar pronto; si no hago la señal, lo será de que han venido.

ERN. ¿Pero os vais á quedar sola? ¡No; eso no es posible!

BLANCA. Sí, ellos no tardarán, y tú no vas á estar lejos. ¡Sólo te encargo el secreto!

ERN. No tengais cuidado; pero fuera mejor quedarme hasta que vengan.

BLANCA. No, no puede ser. Oye, procura que nada sospeche el Conde.

ERN. Bien sabeis que hasta mañana no volverá de su montería.

BLANCA. Bueno os precaver, que testigo eres de lo que he sufrido.

ERN. Es verdad; y no sé cómo lo habeis podido resistir. Por eso no me he opuesto á acompañaros, y estoy dispuesto á todo. ¡Pero de aquí no me iré!

BLANCA. Sí, Ernesto, no temas por mí: hecha á tanto padecer, la soledad no me infunde ningun temor. ¡Ha sido tantas veces mi compañera!...

ERN. ¿Es decir que os empeñais?

BLANCA. Así conviene.

ERN. ¡Sea pues! Vos os entendereis; pero si no nos volvemos á ver...

BLANCA. ¡No me atormentes!

ERN. ¡Que seais más dichosa que hasta aquí!

BLANCA. ¡Adios!

ERN. ¡El os proteja! (Se retira por donde vinieron.)

ESCENA V.

BLANCA.

Me han entristecido sus últimas palabras. Está tan acostumbrado á verme padecer, que le ha costado trabajo dejarme sola. Bien conozco que puedo correr algun riesgo mientras vienen; pero

será por cortos momentos. (Pausa.) ¡Mas.., no he reflexionado! ¿Qué les habrá detenido?... Ayer Jacobo, me mandó á decir con Beltran.—«Que á las doce en punto estuviéramos en este sitio, si queria librarme del encarcelamiento en que me ha tenido mi tio el Conde.»—¡Ah, no lo sabe él bien! Me he decidido, porque es muy cruel; pero se presenta la noche con un aspecto tan sombrío, se vá haciendo tan espantosa que ¿quién sabe si por huir de un peligro estaré expuesta á otro mayor?... (Se arrodilla.) ¡Dios de bondad, ya que nuestras almas van á unirse, y oiste las preces que tantas veces con lágrimas de dolor te dirigí, ten por piedad compasion! (Truena.) ¡Ah! (Se levanta y se dirige á observar, sin salir del escenario, el interior de la izquierda para ver si vienen.) ¡Nada se oye todavía, y la lluvia y los relámpagos aumentan! ¿Donde me refugiaré? (Vuelve á alzar la vista al cielo.) ¿Por qué apurarme tanto? ¿No basta ya de suplicios y tormentos para mí? ¡Ah, siento un frio! Si pudiera por allí... Sí... sí. . voy. (Lo hace marchándose por la izquierda.)

ESCENA VI.

EL CONDE.—DON MARTIN y otros que le acompañan.

(Vienen por la altura del monte en traje y con aprestos de caza.)

MART. (Apareciendo el primero y dirigiéndose a los demás.) ¡Albricias, señores, albricias! Estamos junto á la gruta del solitario; ella es, bajemos. (Lo hace y los demás le van siguiendo.) ¡Malo está! Señor Conde, aseguráos bien, que el terreno es resbaladizo y os podeis caer.

Por aquí... á este lado... así, eso es. Venga esa mano, bien.

CONDE. ¡Malhaya el temporal! Gracias, Don Martin, gracias.

MART. Os empeñásteis en que nos alejáramos tanto, que ha sido forzoso perdernos. (Vuelve la vista hácia los demás, que no han concluido de bajar y va á indicarles por dónde lo han de hacer.)

CONDE. (Aparte.) No he logrado llevarle á la distancia que queria, y volviendo esta noche, no van á poder tomar los mios la ciudad... ¡No hay remedio, es preciso detenerle; porque de otro modo, todo se habrá perdido!

MART. (Volviendo á acercarse al Conde.) Pues, señor, si seguimos vuestro parecer, no encontramos un asilo en toda la noche.

CONDE. ¡Oh, sí! Estoy cierto de que no muy lejos de donde nos hallábamos hay ruinas de un antiguo castillo, en las que nos hubiéramos podido guarecer.

MAR. Tal vez, pero nos íbamos alejando demasiado y caminábamos con poco tino; aquí lo pasaremos mejor. Llamaré al solitario, si os parece, para que nos permita entrar.

CONDE. Bien, sí. ¿Han llegado todos?

MART. (Dirigiendo la vista á los demás.) No, faltan dos.

CONDE. Los esperaremos. Aunque han visto nuestra direccion, pueden extraviarse si no nos hallan.

MART. Yo haré porque eso no suceda. Subid uno y que esté al cuidado de advertirles que se dirijan aquí.

CONDE. (Aparte.) ¡Si estuvieran ya para realizarlo!

MART. Os veo inquieto. ¿Qué teneis?

CONDE. (Aparte.) ¡Disimulemos!

MART. ¿Será el cansancio?

CONDE. Sí, es este un terreno tan escabroso, tan lleno de asperezas y laberintos, que...

MART. Echamos buena montería. ¡No pudimos elegir peor ocasion!

CONDE. Verdad es, no ha podido ser más mala.

MART. La lluvia, el aire, todo nos ha estropeado en extremo.

CONDE. Qué quereis, son cosas...

MART. Ya os lo dije antes de salir; consentí por daros gusto.

CONDE. Más despejada la atmósfera á la madrugada, nos desquitaremos.

MART. Señor Conde, eso seria querer luchar contra los elementos; luego que hayamos descansado nos retiraremos. ¡Tanto tiempo no puedo estar yo fuera de la ciudad!

CONDE. ¡Bah! ¿Y por qué no? Los partes que habeis recibido, ¿no os dan al enemigo más allá de?...

MART. Sí; pero el rey hace ya bastantes dias que tiene asentados sus reales ahí cerca (Señalando a la izquierda) y bien conoceis...

CONDE. ¡Tanto mejor! Con esas noticias, que ya las tendrán, tomarán los de Castilla otro rumbo, y... (Aparte.) ¡No debo por ahora insistir! (En alta voz.) Sin embargo, haremos lo que gusteis.

MART. Sí, sí; pero tardan esos dos, y aquí estamos mal. (Dirigiéndose á la gruta.)

CONDE. Haced de modo que nos permita entrar.

MART. ¡Sí tal! ¿Qué, no sabeis?

CONDE. No, nada...

MART. ¡Es extraño! Vos, que vivís fuera de la poblacion, debiérais estar enterado.

CONDE. Pues nunca oí hablar de él, ni sé el tiempo que hace habita por estos contornos.

MART. No há mucho. ¡Pero su historia es muy singular!

CONDE. ¡Vaya!

MART. Sí, dicen que desde que vino al desierto pasa las horas del dia recorriendo esos montes, con el afan de socorrer al que se encuentra perdido ó expuesto á caer en algun precipicio de los muchos que abundan en esos despeñaderos; que á media noche vuelve y, al compás de un laud, canta los misterios de su vida ó previene los peligros á que se expone el que atraviesa por primera vez estas montañas; pero en un tono tan triste, que algunos que le han oido no han podido ménos de compadecerle y admirar la nobleza de sus sentimientos, porque su constante anhelo es el de hacer bien y evitar cualquier desgracia.

CONDE. Es original. Segun eso, ¿no descansa?

MART. ¡Casi nada! Al despuntar el dia emprende la misma faena que el anterior.

CONDE. (Aparte) Haremos tiempo... (En voz alta.) ¡Qué vida tan agitada!

MART. Pues á lo dicho añadid, que es muy avanzado en edad. (El que está de vigilante.) Aquí están ya. (A los que llegan.) Por la derecha... á este lado...

ESCENA VII.

EL CONDE.—DON MARTIN.—GILBERTO y otro.

CONDE. (Aparte.) ¡Demasiado presto; pero al fin sabré!...

MART. (Al de arriba.) Bien: mucho cuidado al bajar. (Al Conde.) Voy á llamar y le vereis. (Se dirije á la gruta y al ver á

(Gilberto, que ha bajado por distinto lado y sale á la escena sorprendido, se detiene.)

GILB. ¡Un hombre es!...

MART. ¿Quién?

GILB. El que está ahí tendido y parece muerto.

CONDE. ¿Muerto?

MART. ¿Dónde?

GILB. Ahí, he tropezado con él.

MART. Veamos. (Se acerca al sitio por donde bajó Gilberto, que será el mismo donde fué muerto Beltran.) ¡Cierto, no hay duda, está muerto!... (Se agolpan los demás, escepto el Conde; y Don Martin se abre paso encaminándose á la gruta.)

CONDE. (Aparte.) ¿Será verdad?... ¡Esto lo empeora y ya no podré detenerle!... (Coje de un brazo á Gilberto, separándole de los demás, y se le lleva aparte.)

GILB. ¡Qué horror! ¿Le habeis visto?

MART. ¡Solitario! ¡Solitario! (A la entrada de la gruta.)

CONDE. ¡En mal hora saltaste por ahí! ¿Hiciste lo que te mandé? ¿Qué has oido?

GILB. Estuve tendido donde me dijísteis, apliqué el oido al suelo y nada he sentido de lejos ni de cerca.

CONDE. (Separándose de Gilberto y para sí.) Si pudiera dar aviso... ¡No me queda otro remedio para salvarme y salvarlos!

MART. ¡Solitario, salid, salid!

ESCENA VIII.

Los mismos.—DON JULIAN.

JUL. Dios os guarde.

MART. Y á vos tambien, noble anciano. A un hombre que está en esa senda, ¿quién le ha muerto?

JUL. ¿Venís perdidos? ¡Huid, huid, si no quereis ser

calificados de cómplices! Por vuestro bien os lo ruego.

MART. No abrigueis temor alguno por los que teneis delante. ¿Podeis decir quién es?

JUL. ¡Ah, lo ignoro por desgracia! Descansaba un momento para ir á dar parte al gobernador de la ciudad.

MART. Hacedlo, que hablando estais con él.

JUL. ¿Vos?

MART. Sí.

JUL. No comprendo...

MART. ¿El por qué me encuentro aquí? De extrañar es; pero sabed, que deseosos de esparcir el ánimo, y creyendo distraernos, salimos de madrugada á cazar por esos montes, internándonos demasiado; que cambiado el temporal, emprendimos la vuelta, y que despues perdidos, por casualidad acertamos á salir donde nos veis. Tambien teneis delante al Conde de Claraluz.

JUL. ¡El Conde de Claraluz!

CONDE. Sí, ¿Qué os sorprende?

JUL. No... nada... Tanto honor... (Aparte.) ¡Infame!

MART. Y bien, ¿por lo que acabais de decir, veo que estais enterado del suceso?

JUL. Sí, pero no lo bastante.

MART. Sepamos.

JUL. No ha mucho, que al llegar á aquella altura y disponerme á bajar, oí un ¡ay! tan agudo que, estremecido, me hizo detener; despues con la luz de mi linterna ví un hombre que salió muy encubierto de entre esas peñas, y sin detenerse marchó presuroso por esa vereda, auxiliado de la oscuridad.

MART. ¿Cuál?

JUL. Por esa que, cruzando otras tambien ocultas, conduce en breve á la ciudad.

CONDE. (Aparte.) ¡No sé lo que por mí pasa y no hallo medio de entretenerle! ¡Ah, sí! ¡Qué idea! (Se acerca á Don Martin, y retirándole á un lado le dice.) Presumo que intenta alejarnos... ¡Ved lo que haceis!

MART. ¿Qué sospechais?

CONDE. Pudiera tenerle oculto y...

MART. Decís bien, veamos.

JUL. Alcanzarle no será posible.

MART. ¿Será tarde?

JUL. Entiendo que sí.

MART. ¡Oh! Yo veré de encontrarle y no muy luego. Pero, ¿si nos permitís?... Estamos tan cansados...

JUL. Sí; podeis pasar.

MART. Vamos.

CONDE. (Aparte.) ¡Tal vez consiga!...

MART. (A Don Julian.) Id delante.

JUL. No, pasad... (Lo hacen juntos, y les siguen el Conde y los demás.)

ESCENA IX.

DOÑA BLANCA.

¿Qué es lo que me sucede? ¡Yo me ahogo, no puedo respirar, lo veo y me parece mentira! ¿Dónde estarán? ¿Porqué se detienen? ¡Ah, no puedo más! (Pausa.) Si no vinieran... si lo hubieran suspendido... ¡Qué mortificacion! Esta idea hiela la sangre que circula por mis venas. ¿Qué va á ser de mí? (Pausa.) ¡Dios mio! ¿Si habrán pasado en tanto que estuve oculta entre esas peñas? ¡No; no puede ser! (Vuelve hácia la izquierda con el afan de ver si vienen y queda de espaldas á la gruta.) Oigo rui-

do... sí... siento pasos... ¡Ah, ya vienen! (Con alegría é internándose algun tanto, pero sin dejar de ser vista.)

ESCENA X.

DOÑA BLANCA.—DON JULIAN.—DON MARTIN.—EL CONDE. GILBERTO y los demás que sirven de acompañamiento.

Don Martin y Don Julian salen en primer término y se detienen á la puerta de la gruta; los demás lo hacen inmediatamente despues.

MART. Quedáos, agradecemos vuestra oferta.

JUL. ¡Esperad! (En voz baja.) ¿Habeis visto? (Señalando á Doña Blanca.)

MART. ¡Un hombre! (Doña Blanca vuelve la vista, y sorprendida, se dispone á huir.) ¡Deteneos! ¡Si os moveis!.. (Blanca encubriéndose el rostro.) ¡Ah!.. (Salen los demás y la rodean, esçepto el Conde que se lleva á Gilberto á un lado y le habla apresuradamente.)

TODOS. ¡El es! ¡El es! ¡Se cubre!

MART. ¡Miserable!..

BLANCA. (Con voz ahogada que apenas se le entienda y sobrecogida.) ¡Soltadme! ¡Dios mio! ¡El Conde! (Procura ocultar cada vez más el rostro.)

MART. ¿Quién eres, dí? ¿Te falta que cometer algun otro crímen?

BLANCA. ¿Yo? ¡Dejadme!

MART. ¿Soltarte? ¡Ven, malvado! (La lleva violentamente á donde fué muerto Beltran.- Se repiten los truenos y la luz de un relámpago hace que le pueda reconocer.) ¡Recréate en tu perversidad!

BLANCA. ¡Ah!!! (Dando un grito, pero con voz muy comprimida para no ser conocida.)

MART. ¡Sujetadle y marchad con él! (Lo hacen dos colocándola en medio.) Ya os sigo.

CONDE. (Terminando de hablar á Gilberto.) ¿Te atreves?...

GILB. Señor, mandadme cuanto gusteis, que á todo estoy dispuesto.

ESCENA XI.

DON MARTIN.—DON JULIAN.—EL CONDE.—GILBERTO, y los que quedan del acompañamiento.

MART. Señor Conde, vamos. ¡Por fin cayó en nuestro poder!

CONDE. Sí; pero creo que más os serviré de estorbo que de ayuda. Es asunto que os dará bastante que hacer y no podeis perderle de vista. No obstante, si me necesitais...

MART. Teneis razon; no hay para qué molestaros y debeis descansar. Por ahí dareis con vuestro palacio más presto. (Le señala distinta senda de la que han tomado los que se llevan á Doña Blanca.)

CONDE. Sí, por aquí... (Aparte.) ¡No debo perder tiempo!

MART. (Dando la mano al Conde.) Descansad.

CONDE. Lo mismo os deseo. (A Gilberto saliendo.) Vamos, valor. ¡Que retrocedan al punto! Yo haré todo lo demás.

MART. (A Don Julian.) Asegurado que quede el preso volveré. Escuso advertiros que de cuanto ocurra me dareis parte.

JUL. Está bien.

ESCENA XII.

DON JULIAN.

¡Poder del destino! Trajo al gobernador de la Ciudad el acaso y el aturdimiento del crímen á su autor. ¡Digno de un ejemplar castigo es he-

cho tan detestable! (Pausa.) Tambien el Conde de Claraluz presenció de la Justicia divina el misterioso arcano y no le hizo temblar... ¡Cuándo le llegará su plazo! Sus odiosas tramas son las que tienen alterado y dividido el reino y... ¡Quién sabe, si serán las que me hacen rastrear como un insecto vil, por estas escarpadas breñas! ¿Pero á qué traer á la memoria tan lamentables recuerdos? (Pausa.) No, no. ¡Pensemos solo en servir á la humanidad y en vivir hasta morir desconocido!

ESCENA XIII.

JACOBO.—Dos escuderos.

(El primero en traje de guerra con armadura. Uno de los dos escuderos traerá una linterna encendida que dejará á cubierto entre las peñas, despues de haber recorrido el espacio.)

JAC. ¿Veis á alguien? Me parece que nos hemos retardado.

ESC. 1.° A nadie se distingue. (Observando.)

JAC. No nos harán esperar; por esa angosta vereda han de venir. (Señala la de la derecha por donde llegaron Blanca y Ernesto, ó sea la misma por donde se fué el Conde.) Sal á ella y en el momento que sientas pasos vuelve á avisarme. Tú (Al Escudero segundo.) está atento por esa otra, (La de la izquierda por donde han venido.) y si oyes ruido que venga del campamento, ven á hacer lo mismo. A Guadalberto que no descuide los caballos.

ESCUD. 2.° Está bien.

ESCENA XIV.

JACOBO.

He oido comunicarse la voz de alerta á los centine-

las, y aunque ignoro el motivo, porque estaba ya distante, bueno es tomar precauciones; á la menor señal podré ligero acudir y poner á salvo mi honor. ¡Blanca, hermosa Blanca, con tu tardanza no me expongas á perderle alejándome más! A todo estoy dispuesto hasta lograr separarte de esa fiera que te atemoriza y aun no he podido castigar; pero no te retardes, ya eres mia, no le perteneces ni le volverás á ver. ¡Ah, desde esta noche nada ni nadie en el mundo podrán separarte de mí! (Arpegian y despues la voz cantante.) Mas... ¿Qué escucho?... ¡Preludian!... ¡Van á cantar!... ¡Aquí!... Oiré.

EL SOLITARIO.

(Canta las siguientes estrofas en tono lúgubre.)

¡Pasajero, si aquí llegas
y en algo estimas tu fama,
vuélvete, no te detengas,
que puede ser mancillada!
¡Oye con tiempo la voz
que te avisa y nunca engaña!

(Se repiten los dos últimos versos y sigue preludiando en tanto que habla Jacobo.)

JAC. ¿Será á mí á quien dirija esa misteriosa voz sus avisos? ¿Qué querrá decirme?

(Vuelve á cantar.)

¡Huye, huye, no te acerques
de mi gruta á la explanada,
que es de un crímen alevoso
hace poco la morada!
¡El eco corra veloz
de mi voz por la montaña!

(Se repiten como anteriormente los dos últimos versos)

JAC. ¡Un crímen! (Coje la linterna que dejó uno de los escuderos.) ¡Aquí!... (Truena fuertemente y Jacobo registra con avidez alrededor

de la gruta.) ¡Gran Dios! ¡Qué veo! ¡Sí! ¡No hay duda! ¡Beltran! ¡Beltran muerto!... ¡Y Blanca! ¡Qué ha sido de Blanca! (Se oye un clarin á lo lejos.) ¡Maldicion!! ¡No!! ¡Antes he de saber!... (Entra desesperado en la gruta.)

JUL. ¡Atrás! ¿Qué quereis?

JAC. (Dentro.) ¡Salid! ¡Pronto, ó no respondo de mí!

ESCENA XV.

JACOBO.—DON JULIAN.—ESCUDEROS 1.° y 2.°.

JAC. (Sacando de la gruta á Don Julian cogido de un brazo y llevándole a donde está Beltran) ¿Quién ha muerto á ese hombre? ¡La que venia con él, dónde está!

ESCUD. 1.° ¡Señor!

JAC. ¡Responded! ¡Responded!

JUL. ¡Nada puedo deciros! ¡No me maltrateis!

JAC. ¡Nada! (Se oyen varios clarines á la vez.)

ESCUD. 2.° ¡Otra vez! ¡Partamos!

JAC. ¡Blanca! ¡Mi adorada Blanca! ¡Ah! ¡Me es imposible partir!

ESCUD. 2.° ¡Señor, ved que el clarin toca al arma! (Truena fuertemente y se repiten relámpagos que iluminan la escena.)

JAC. ¡Maldicion! ¿Qué hare? (Vuelven á oirse clarines y crece la agitacion Jacobo vuelve á coger con violencia de un brazo á Don Julian que quedó junto á la gruta de rodillas en actitud de implorar la proteccion del cielo, al ser antes repelido.) ¡Venid! (Llevándole al centro del escenario.) ¡Quien quiera que seais, hombre ó demonio, con vuestra cabeza me respondereis de Doña Blanca, la sobrina del Conde de Claraluz! (Le arroja de si con fuerza y vuelve á quedar de rodillas como aterrorizado.)

JUL. ¡Gran Dios, amparadme!

ESCUD. 2.° ¡No nos detengamos!

JAC. ¡Vamos! ¡Sí! ¡A vencer en la pelea ó á morir desesperado!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon de aparato régio con espaciosa entrada. A la derecha del espectador, bajando al proscenio, una puerta que dá entrada á la cámara del Rey. A corta distancia de ésta una mesa con paño de seda carmesí, un sello, varios papeles y recado de escribir; á su lado un sillon.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX.—DON MILLAN.—DON RAMIRO.—DON GERMAN y otros caballeros.

(Los dos primeros aparecen colocados á la derecha del espectador; los demás forman un grupo á la izquierda, y cuando hablan los de un lado imitan hacerlo los del otro.)

FÉLIX. ¿Y decís que la herida del valiente guerrero no ofrece el mayor cuidado? Mucho se va á alegrar el Rey cuando lo sepa.

MILL. Ciertamente que no. Su constitucion es bastante robusta, y á pesar de la sangre que ha vertido solo le encuentro algo débil. Hace pocos momentos le mandé levantar.

FÉLIX. ¿Y no podrá causarle eso algun daño?

MILL. La quietud le recomendé; pero dice que le empeora y casi me convenzo de ello. Tengo para mí que otra cosa le preocupa y llama más la

atencion que sus heridas. ¡Está muy desasosegado!

FÉLIX. ¡Oh! Fué sorprendente su arrojo, y aún no podrá estar tranquilo. Figuraos... (Siguen hablando entre sí, en tanto que lo hacen en alta voz los del grupo opuesto.)

GERM. Se entiende, en la misma noche. Por eso el Alcaide Don Martin está ahí dentro con el Rey.

RAM. ¿Y atribuyen el hecho á la sobrina del Conde? ¡Eso no es posible!

GERM. Uno de los que la prendieron, en el mismo sitio donde tuvo lugar el suceso, me lo ha contado todo, y segun dice las probabilidades están en contra suya.

RAM. Mujer sóla, tan jóven y á aquella hora... ¡Vaya! Todo eso encierra un misterio, que ni vos ni yo podremos comprender. (Hace un lijero movimiento para retirarse.)

GERM. (Deteniéndole.) ¡Sí tal! Escuchad... (Y se le acercan más para oirle los de su grupo, hablándoles en voz baja.)

FÉLIX. Así fué... y, cual un génio, con un valor nunca visto, acometió rápidamente á los que venian ya de cerca al Rey, y parando el golpe del que más se le aproximaba, le tiró al suelo de un bote que en el momento le hizo espirar; luego, lanzándose contra los demás, los llevó retrocediendo hasta ponerlos en fuga. ¡Hecho fué que desconcertó á los contrarios y decidió la victoria en nuestro favor!

MILL. ¡Qué bizarría! ¿Y sabeis que es gallardo?

FÉLIX. ¡Asombrados le seguimos con la vista hasta que le vimos caer!

MILL. Bien merece los cuidados del Rey.

FÉLIX. Ya veis... ¡Como que es el héroe de la jornada! Debida á su arrojo fué la mortandad que los demás hicimos; y sin él, os lo aseguro, una sor-

presa tambien combinada no hubiera podido menos de destrozarnos.

MILL. ¡Fué lance! Pero... ¿Sabeis que me dá en que pensar la llegada del enemigo cuando ménos se le esperaba?...

FÉLIX. A todos sucede lo mismo. ¡Se le creia tan léjos!

MILL. Así es.

FÉLIX. Yo entiendo que debió haber algunos en la Ciudad con quienes contára; por que su objeto fué entrar en ella, y sin su apoyo no les hubiera sido fácil.

MILL. Qué tal; no estoy por los campamentos cuando se puede hacer la parada en poblado.

FÉLIX. ¡Oh, no! Permitidme: desde donde estábamos habia proporcion de acudir á otros puntos de igual ó mayor importancia que este. (Siguen hablando en voz baja.)

RAM. No os canseis, el hecho será cierto; pero en cuanto á que sea culpable Doña Blanca, no estoy conforme.

GERM. Ya lo vereis. (Cesan de hablar los de este grupo y lo hace él á quien corresponde del de enfrente.)

MILL. ¿Quién lo duda? ¡Quedaron escarmentados!

ESCENA II.

DON FÉLIX.—DON MILLAN.—DON RAMIRO.—DON GERMAN.—Caballeros y un UGIER.

UGIER. Caballeros, el Rey.

GERM. Quizás lo sepamos ahora por el Alcaide.

ESCENA III.

Los mismos.—El Rey.—Don Martin.

Rey. Dios os guarde, caballeros.

Germ. Salud á vuestra alteza, y pluga al cielo que siempre como ahora le veamos vencedor.

Rey. Gracias, gracias. (Se sienta.) ¿Don Félix?...

Félix. Señor... (Se aproxima.)

Rey. ¿El Marqués?...

Félix. No tardará; vendrá á la hora que dispuso vuestra alteza.

Rey. Bien. (Dirigiéndose al Alcaide que habrá quedado á su lado. Don Martin, de cuanto me habeis referido quedo enterado. Quiero explorarla por mí mismo y saber de ella, á ser posible, la verdad. Pero si fuere culpable, tambien será castigada.

Mart. Está bien. ¿De lo demás?...

Rey. Luego. (Saluda Don Martin y se retira.)

Germ. (A Don Ramiro.) ¿Os vais convenciendo?

Ram. ¡Es cosa singular!

ESCENA IV.

Los mismos, ménos Don Martin.

Rey. Acercáos, Don Millan. ¿Dejáis en buen estado al jóven aventurero? Su vida anhelo que se conserve como la mia.

Mill. Sus heridas, señor, no fueron tan graves como se creyó al principio; en breve sanará y aún hoy mismo le podrá ver vuestra alteza.

Rey. ¿Tan pronto? ¡Bien, bien! ¿Algun nuevo prodigio de vuestra ciencia? Os remuneraré.

Mill. La suerte no le fué desfavorable, se acudió á tiempo...

REY. ¿Y nada le habrá faltado?

MILL. Desde que se le condujo á la tienda de vuestra alteza y despues á este palacio, no me he separado más que estos cortos instantes de su lado. Estuvo muy alterado, casi fuera de sí y tan inquieto que...

REY. ¡Oh, fué su valor portentoso! Pero, ¿el cansancio le habrá rendido?...

MILL. Poco: aletargado estuvo al ser recogido en el campo, en fuerza de la mucha sangre que vertió.

REY. ¿De la herida del pecho?

MILL. Más bien de la del brazo, aunque es leve. La del pecho le molesta más, le priva de aspirar libremente y...

REY. ¡Mucho lo siento! ¡Por mí se espuso á morir y sus padecimientos me traspasan el alma! ¿Le podré ver?

MILL. ¡Oh, sí! Cuando gusteis.

REY. En seguida, vamos. (Se levanta.)

MILL. ¡Nada de eso! Su alteza puede permanecer aquí. Yo le traeré.

REY. ¡No, no! Iré yo á verle.

MILL. Tal vez convenga sacarle. ¡Le encuentro muy decaido!

REY. ¿Y por qué?

MILL. No me ha sido posible saberlo, aunque no he dejado de intentarlo. Presumo que hay algo en él que le inquieta y molesta más que sus heridas.

REY. ¿Le habeis preguntado?

MILL. No creí...

REY. ¿Por qué no? Id y traerle; yo lo haré.

Se retira Don Millan subiendo por el costado derecho hasta internarse por el final del foro. El Rey vuelve á sentarse.)

ESCENA V.

Los mismos, ménos DON MILLAN.

REY. (Aparte.) ¿Qué podrá inquietarle? ¡Desde que le ví en el campamento, profeso un cariño y una aficion verdaderamente sincera á ese valiente jóven! (Dirigiéndose á Don Ramiro.) No os habia visto. ¿Cómo tan retirado, noble Don Ramiro?

RAM. No creí fuera ocasion de acercarme á dar el debido parabien á vuestra alteza.

REY. Sí tal...

RAM. Recibidle, pues, por la victoria conseguida anteayer noche. ¿Ha descansado su alteza?

REY. Sí, momentos; pero con comodidad.

RAM. Mucho honor es para mí que así sea.

REY. No lo dudeis.

RAM. Señor, aceptando este palacio, me hicísteis alta merced.

REY. Contento estoy en mi alojamiento.

RAM. Decid, señor, en vuestra propiedad.

REY. Sois obsequioso y muy atento. Tambien he sabido por el Alcaide Don Martin, que fuísteis uno de los que con más ardimiento defendió los muros de la ciudad.

RAM. Cumplí, señor, con mi deber.

REY. Dignos de vuestros títulos son tan nobles sentimientos.

RAM. Señor...

REY. Tambien sé que la mayoría de los habitantes de esta poblacion (Dirigiéndose á los demás.) han asistido valerosos. Entre otros el caballero German y el apuesto Arellano parece que se han distinguido

como era de esperar. (Hacen una cortesía cada cual á su tiempo.) ¡Grande es mi satisfaccion por todos!

GERM. Su alteza nos honra demasiado al dirigirnos su palabra en términos no merecidos.

REY. Así cumple á vuestros hechos.

ESCENA VI.

Los mismos.—EL MARQUÉS.

FÉLIX. (Dirigiéndose al Rey.) El Marqués.

REY. Bien. Dejadnos por ahora y esperad en esa antecámara. (Señalando la izquierda del espectador.) Vosotros os podeis retirar. (Lo hacen y saludan al paso al Marqués, que entra por el mismo lado.)

ESCENA VII.

EL REY.—EL MARQUÉS.

MARQ. Estoy á las órdenes de vuestra alteza.

REY. Os aguardaba. ¿Qué habeis hecho?

MARQ. Descubrir al traidor y á sus aliados. (Se levanta el Rey. El Marqués aparte.) ¡Faltarme el Conde, y Blanca desdeñarme, ambos probarán mi encono!

REY. ¿Quiénes son, quién?

MARQ. ¿Podria ser otro que el Conde?

REY. ¡Me lo decia el corazon!

MARQ. Esta cartera (La entrega.) contiene varias listas y diferentes pliegos de correspondencia.

REY. ¿Es decir que tengo la trama de la traicion en mis manos? ¡Ah! Ya no habrá disculpas, he de hacer con él un severo escarmiento.

MARQ. Acreedores son á los rigores de la ley. ¡Los malvados que perezcan!

REY. (Dando pasos inciertos y con creciente indignacion.) ¡Perecerán, sí, perecerán!

MARQ. ¡La majestad de un Rey se enaltece por sus hechos! Hoy vencedor, haced que se levanten dos tablados en la plaza pública; uno ornado de laureles y solemne, y otro denigrante y enlutado. ¡A la vez, vuestra justicia resaltará como el sol! Que en triunfo lleven al que se haya hecho acreedor á las bondades de vuestra alteza y á los traidores en fúnebre cortejo. ¡Premiad y castigad!

REY. Bella idea. ¡Mi libertador subirá al del triunfo, los traidores al cadalso!

MARQ. ¡Ah, se me olvidaba! Lo es tambien y en alto grado... (Aparte.) ¡De otro modo no me podria salvar!

REY. ¿Quién?

MARQ. Doña Blanca, la sobrina del Conde.

REY. ¿Cómplice en la traicion?

MARQ. Y homicida. ¡Parece increible, pero así es! Sabed que anteanoche, disfrazada, salió con parte á los enemigos para que descargando una mitad sobre vuestro campo, la otra tomára en tanto la ciudad, y á uno de los vuestros, que venia y quiso detenerla, no se sabe cómo, pero logró herirle y le mató.

REY. Don Martin me ha contado un hecho parecido y que fué presa, pero no la tiene por culpable.

MARQ. ¡No lo dudeis! Fué sorprendida casi en el mismo acto, y desempeñaba tan infame como atrevida comision.

REY. ¿Estais cierto de lo que decís?

MARQ. ¡Y tanto! No tenia ya el Conde de quién valerse más que de ella y del que me ha proporcionado esa cartera, que por serme fiel se resistió.

REY. ¿Y cómo os valísteis?...

MARQ. Habia ganado su confianza. (Aparte.) ¡No le dire que yo mismo me apoderé de ella, tomándola de donde la tenia guardada!

REY. ¡Basta! No merecen compasion. ¡Morirán; sí, morirán! ¡Escribid pronto, escribid!

MARQ. ¿La sentencia de los dos?

REY. ¡Sí, en seguida! No demos lugar á súplicas. Teneis razon. ¡Los malvados, que perezcan!

MARQ. (Con la pluma en la mano y para si.) ¡Es preciso que sucumban! Cualquiera de los dos podria sospechar y perderme... (Escribe con precipitacion.)

REY. (Despues de un corto espacio) ¿Concluísteis?

MARQ. Sólo falta la firma de vuestra alteza.

REY. (Toma el sello y lo estampa ó firma y lee.) Está bien; para mañana disponedlo todo. ¡Con desleales á quienes nada intimida, no más consideraciones. Marchad, y á Don Félix decid que entre.

MARQ. Voy. (Aparte.) Primero á ordenar que nadie entre en la prision de Doña Blanca; despues á disponer que se encarcele al Conde.

ESCENA VIII.

EL REY.

¡No les valdrán ya los empeños de la nobleza ni de los grandes que se me presenten á pedir su perdon; su proceder es aleve, y como traidores mueran!

ESCENA IX.

EL REY.—DON FÉLIX.

REY. Tomad esa cartera y entrad conmigo; me leereis los nombres que contienen esas listas. (La coge don Félix de la mesa dondo la dejó el Rey, y pasan á la cámara interior de éste.)

ESCENA X.

JACOBO.—DON MILLÁN.

(Aparecen por la derecha del espectador y último término del escenario, siendo conducido el primero por el segundo, puesta la mano derecha de éste sobre la espalda de aquél. Jacobo trae el brazo izquierdo sujeto con un cabestrillo ú otro aparato, y la ropa exterior del pecho entreabierta, de modo que puedan verse vendajes, y sobre ellos un pequeño crucifijo de oro pendiente de un cordon al cuello.)

MILL. Vamos, despacio; es el Rey quien desea veros.

JAC. ¿Por qué no me habeis escusado?

MILL. (Fijando la vista en el sillon del Rey al hacer una parada.) Se fué: aguardarémos.

JAC. Más quisiera retirarme. Con estos vendajes no estoy bien para ponerme en su presencia.

MILL. Al contrario, ellos son la gala más preciosa que pudiérais vestir. Sentáos... ¿Os encontrais bien?

JAC. Sí.

MILL. El Rey no estará muy ocupado. Veré si se puede entrar.

JAC. ¿A qué molestar por mí? No; no lo hagais.

MILL. Me encargó con mucho empeño que os trajera.

JAC. Haced lo que gusteis; pero estaria mejor solo.

MILL. Vuelvo al punto.

ESCENA XI.

JACOBO.

¡Qué me querrá! Por órden suya fuí conducido casi mortal á su tienda, trasladándome despues aquí para ser curado por ese que es su más sobresaliente médico. ¡Tal vez intente añadir un nuevo rasgo de su generosidad á tanto favor! ¿Y para qué? ¿Anhelo yo por ventura alguna cosa? No, no deseo nada... nada... mas que saber que

Blanca existe. ¡Ah! ¿Por qué no he muerto si no puedo ir á socorrerla?... (Se lleva la mano al pecho.) ¡Este latido me ha rasgado el corazon! (Inclina la cabeza y queda como privado por el dolor.)

ESCENA XII.

JACOBO.—DON MARTIN.—DOÑA BLANCA.

(Vienen los dos últimos por la izquierda.)

MART. (Deteniéndose á la entrada y dirigiéndose á Doña Blanca.) Allí está el Rey; ponéos á sus piés y suplicadle.

BLANCA. ¡Dios mio! ¿Qué vá á ser de mí?

MART. Me mueve á compasion. ¡Infeliz! (Lo que vá de esta escena deberá haberse ejecutado á bastante distancia del sillon del Rey.)

BLANCA. (Dá algunos pasos y se detiene.) ¡Nada me importaria morir; mas como criminal, nunca! Sepa al ménos que soy inocente... (Parte con ligereza y se arrodilla á los piés de Jacobo, en la creencia de que es el Rey.) ¡Señor, aquí me teneis! ¡Ved que no soy culpable! (Solloza sin alzar la vista y Jacobo, que vuelve en si, se levanta como sorprendido por una vision.)

JAC. ¡Esta voz! ¡Yo la quiero conocer! (La levanta.)

BLANCA. ¡Jacobo! ¡Ah!! (Dando un grito de alegria al hacer la exclamacion.)

MART. ¡No es el Rey!

JAC. ¡Sombra querida, ven á mis brazos, ven! (Blanca se arroja en ellos y Jacobo la sostiene con el derecho.) Pero... ¿Es ella? ¡Blanca! ¿No es ilusion? ¿Eres tú?...

BLANCA. ¡Sí, Jacobo! ¡Sí, yo soy! ¡Ah! Pero... ¿es verdad que estamos juntos?

MART. ¡Por Dios, que no comprendo!...

JAC. Sí, mas... ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás así?... (Blanca se fija tambien en Jacobo y le llega con la mano en el

brazo y pecho.) ¡No, quita! (Procurando que no le toque.) ¡Por piedad!

BLANCA. ¿Qué tienes? ¿Te han herido? ¿Estás preso tú tambien?

JAC. ¿Tú? ¿Presa tú? ¿Quién se ha atrevido? ¿Habeis sido vos? (Se fija indignado en Don Martin y pasa á su lado izquierdo á Doña Blanca.)

BLANCA. ¡No! ¡Detente! ¿Qué vas á hacer?

MART. ¡Caballero, reportáos!

JAC. ¡Hablad! ¡decidme! ¿Quién ha sido? ¿Qué ha ocurrido para que se la trate así?

MART. Se la acusa de haber muerto á un hombre junto á la gruta del solitario.

BLANCA. ¡A Beltran!...

JAC. ¡Ah! ¡Todo lo comprendo!...

MART. Se la encontró en el mismo sitio en que se cometió el delito y...

JAC. ¡Dios poderoso! ¿Hasta cuándo no han de cesar tus rigores? ¡Infeliz! ¡Es inocente!! (A Don Martin.) ¡Idos yá! ¡No fué ella!

MART. Así lo creo. Pero, ¿quién pudo ser?

JAC. ¡Algun demonio! ¡Satanás!! ¡Ea, dejadnos!!

MART. ¿Sabeis quién soy?

JAC. ¡Y qué me importa!

MART. ¡Ved que os estais propasando!

BLANCA. ¡Jacobo, cálmate! El Rey ha dispuesto...

JAC. ¿Y bien, qué?...

BLANCA. Que se me traiga para informarse en persona.

JAC. Es verdad. Nada me habeis dicho. ¿Qué pasó, dí?

BLANCA. Yo te lo contaré; pero te ruego que estés tranquilo. Siendo cerca de las doce sin que Beltran volviera, impaciente, me decídí á salir con Ernesto y llegué hasta la gruta del solitario. Allí le despedí, y me quedé sola...

JAC. ¡Sola!

BLANCA. ¡Como os esperaba á los dos, no tenia miedo! Pero tú no viniste y... habian muerto á Beltran.

JAC. ¡Despues!...

BLANCA. Despues... Cuando creí que tú llegabas, me rodearon unos hombres llamándome asesino; me cogieron, y me trajeron y encerraron, no sé dónde...

JAC. ¡Infames!

MART. Señora, debo advertiros que, no estando el Rey aquí, debemos retirarnos

JAC. ¡Llevársela! ¿Quién? ¿Vos? ¿Y os atrevereis á separarla de mí?

MART. ¡No olvideis!...

JAC. ¡Nada olvido! Buscad al verdadero delincuente y no la calumnieis.

MART. ¡Sabed que soy el Gobernador de la Ciudad!

BLANCA. ¡Jacobo!...

ESCENA XIII.

JACOBO.—DON MARTIN.—DOÑA BLANCA.—EL REY.—DON FÉLIX.—DON MILLAN.

REY. ¿Qué ocurre? ¿Por qué esas voces? (A Jacobo.) ¿Os sentís mal?

MART. Señor, cumpliendo vuestro mandato, he venido á presentaros... (Señalando á Doña Blanca.)

REY. ¿La sobrina del Conde? ¡Ah! se me olvidó advertir... (En este momento Jacobo pasa á su derecha á Doña Blanca, de modo que queden colocados á la izquierda del espectador. Don Martin se aproxima al Rey y ambos ocupan el centro del escenario. Don Félix y Don Millan continúan en la derecha. Cuando Jacobo se decide á hablar

al Rey se acerca á éste, y Don Martin va al lado de Doña Blanca, quedando definitivamente el Rey y Jacobo en el centro á bastante distancia de los demás.)

JAC. ¡No puedo más! (Separándose de Doña Blanca para hablar al Rey.) Señor, si me permitís...

REY. Hablad. (Don Martin hace el movimiento indicado, yendo al lado de Doña Blanca.)

JAC. A esta noble señora se la atribuye...

REY. Sí, tengo conocimiento y pruebas bastantes...

JAC. De su inocencia...

REY. ¡No, de su criminalidad! He sido bien informado y no os molesteis; está sentenciada á muerte. (Jaboco queda como asombrado y lleno de terror.) ¡Que la retiren! (A Don Martin.)

BLANCA. ¡Yo morir! ¡No, no fuí yo! ¡Han faltado á la verdad! ¡Os han mentido vilmente! (Se arrodilla.)

JAC. ¡Revocad esa sentencia, señor, revocadla! ¡El que os haya inducido á dictarla, aseguro, por mi honor, que es un malvado!

REY. ¿Qué decís?...

JAC. ¡Que respondo de su inocencia! Sabed que huyendo de la ferocidad de su tio, el Conde de Claraluz, salió anteanoche hasta el sitio donde asesinaron al que la debió acompañar... ¡Iba á ser mi esposa!

REY. ¿Será posible?

JAC. ¿Cómo habia de ofender Doña Blanca á su mejor servidor, al anciano Beltran, que era su segundo padre? Mas... ¡Qué veo! (Dando rápidamente un paso atrás, sorprendido por la presencia del Marqués que se detiene al entrar.) ¡El es!... ¡Sí!... ¡El Marqués!!... ¡Ah!!! (Arrebatado por la ira y en actitud de acometerle.)

ESCENA XIV.

Los mismos.—El Marqués.

Blanca. (Se levanta impresionada súbitamente y corre á acojerse á Jacobo. ¡Mi eterno perseguidor!! ¡Huyamos!!!

Rey. Don Millan, ¿qué significa todo esto? ¿Delira? (Señalando á Jacobo.)

Marq. (Desde donde se detuvo, lleno de espanto al ver que tiene delante á Jacobo y que no fué á él á quien mató. Su figura forma el centro del cuadro. Jacobo, Doña Blanca y Don Martin, estarán á la izquierda del espectador, el Rey, Don Millan y Don Félix á la derecha, aparte.) ¡Estoy despierto ó es un fantasma lo que miro! ¡Si no fué á él!...

Jac. (Procurando desasirse de Doña Blanca.) ¡Vive el cielo!...

Marq. (Aparte.) ¡Erré el golpe! ¡Sí! ¿Cómo salir de este apuro?... (Hace un esfuerzo y se adelanta.) ¡Caballero, no sé por qué os fijais en mí de esa manera, y aunque no os conozco!...

Jac. ¡No me conoceis!...

Marq. Digo, que no. ¡Os habeis equivocado! (Al Rey.) Venia, señor, á poner en vuestro conocimiento. que varios prisioneros confirman la traicion del Conde.

Jac. (Al Marqués.) ¡Miserable!

Marq. ¡Tal atrevimiento! (Jacobo continua cada vez más agitado y procurado acometer al Marqués, lo cual impiden Don Martin y Doña Blanca.)

Rey. Está bien.

Marq. Aún hay más...

Rey. (A Don Millan.) La fiebre entiendo que le ha trastornado el cerebro; lleváros le y no os separeis de su lado. En tanto yo veré de descubrir lo que significa todo esto.

BLANCA. ¡Jacobo, por Dios, que te harás mal!

JAC. ¡Y no he de castigarle!!!... (Hace un esfuerzo para desasirse, y al ir á acometer al Marqués, se interpone D. Millan.) ¡Quitádmele de ahí! ¡Sí, quitádmele! ¡Que no le vea!! (Se tira de las vendas del pecho, y al quererlas rasgar, deja descubierto el pequeño crucifijo de oro que tiene pendiente del cordon al cuello.)

MILL. ¿Qué haceis?

JAC. ¡Ah, me mortifica el dolor!... (Sigue queriendo arrancarse las vendas, y D. Millan, el Rey y D. Félix lo impiden, llevándole al sillon, en el que queda privado. D. Martin procura tener separada á Doña Blanca.)

REY. (A D. Millan) Cuidad de que no se maltrate. ¿Será verdad cuanto dice?

(El Marqués indica á D. Martin que se lleve á Doña Blanca, y ésta insiste en ir al lado de Jacobo.)

BLANCA. ¡Dejadme!... ¡Jacobo!... (En este momento se oye de fuera la voz de D. Julian.)

JUL. ¡Paso! ¡Necesito ver al Rey! ¡No me lo impidais!

REY. ¡Qué ruido es ese!

FÉLIX. (Despues de haberse acercado á la puerta para enterarse.) Un anciano, señor, que pretende abrirse paso y desea ver á vuestra alteza.

REY. Que entre.

FÉLIX. Guardias, dejadle.

ESCENA XV.

LOS MISMOS.—DON JULIAN.

(Entra muy agitado y en actitud imponente. Se detiene, hace un saludo general con un inclinacion de cabeza y fija la vista en Doña Blanca, á la que se dirige inmediatamente.)

JUL. ¿Doña Blanca, sois vos?

BLANCA. Sí. ¿Qué me quereis?

JUL. !Ah! Llegué á tiempo. (La coje de una mano y se aproxima con ella al Rey.) ¡Rey justiciero, hasta mi solitario albergue han corrido los rumores de que á esta noble señora se la supone autora del horrible de-

lito que á sus inmediaciones se perpetró! ¡Con la luz clara del dia he podido distinguir una inscripcion gravada en la empuñadura de esta daga, que quiso el cielo me encontrára allí! (Se la entrega.) ¡Esa inscripcion señala al autor de tan alevoso crímen! (Aparte.) Si me conoce, que me confunda... ¡Qué importa, si lo pide la inocencia contra el infame impostor!...

MARQ. (Aparte.) Mi daga... ¡Maldicion!!!

BLANCA. ¡Ah, me habeis salvado! (Alborozada ruega á Don Julian que la siga hasta dondo está Jacobo) ¡Venid! ¡Venid! ¡Jacobo, ya no me separarán de tí! !Mira, mira á nuestro bienhechor! ¡Por él se ha descubierto todo! (La posicion de doña Blanca al presentar á don Julian, será á la derecha del sillon donde está Jacobo. Don Millan continuará junto á él á la izquierda por detrás, y don Julian al lado de doña Blanca, de modo que pueda ver bien á Jacobo, formando los cuatro un grupo en la dicha actitud. El Rey, que se hallará en el centro del escenario desde que recibió la daga, la examinará con avidez, dando pasos hácia adelante con marcada impresion. El Marqués y don Martin ocupan la izquierda del espectador, éste en primero, y aquél en segundo término á bastante distancia entre sí; y don Félix y los guardias continuarán en la misma situacion que anteriormente, estos á la entrada y aquél inmediato á ellos á la izquierda y final del foro.)

MARQ. (Aparte.) ¿Qué haré? ¡El infierno se ha conjurado contra mí!!

JAC. No me llegucis... ¡Ah! (Volviendo en sí como lastimado y arreglándose el apósito y vendas del pecho. Don Julian se llenará de asombro al ver el crucifijo que pone más al descubierto Jacobo con los anteriores movimientos.)

REY. (Leyendo la inscripcion.) «¡Al Marqués de la Hondonada!» (El Marqués hace un movimiento como resolviéndose á huir, y el Rey, sin separar la vista de la daga, repite para sí la lectura de la inscripcion; pero en voz inteligible.)

JAC. ¡Blanca, no te separes de mí!... (La aproxima más á sí.)

MARQ. (Aparte.) ¡Estoy perdido!!

JUL. ¡Ese crucifijo!... ¡Ese crucifijo!... (El Marqués, que parecia indeciso, parte precipitadamente hácia la puerta para huir.)

REY. ¡Deteneos! ¡Huis de mi presencia!... (El Marqués pretende abrirse paso.) ¡Guardias, prendedle!!

MARQ. ¡Atrás!!! (A Don Félix que se le interpone al sacar la espada, lo cual impide Don Martin, que acude inmediatamente. Los guardias cubren las puertas presentando las puntas de sus lanzas.)

REY. ¡Prendedle!!

MARQ. ¡Atrás, repito! ¡Atrás!!! (A Don Félix y Don Martin que le desarman.)

REY. ¡Llevadle al más oscuro calabozo, y que mañana acabe su vida en un afrentoso cadalso!! (Don Martin, Don Félix y los guardias se le llevan. El Rey va hasta la salida, desde donde les sigue con la vista el tiempo necesario para que tenga lugar el siguiente diálogo.)

ESCENA XVI.

EL REY.—JACOBO.—DOÑA BLANCA.—DON JULIAN.—DON MILLAN.

(Don Julian habrá tenido á Doña Blanca y Don Millan, preocupados y como agenos á la prision del Marqués con el exámen del crucifijo y contemplacion á Jacobo.)

JUL. ¡Dios de bondad!! ¿Desde cuándo le teneis?

JAC. ¡Es la única prenda que conservo de mi padre!

JUL. ¡De su padre!...

JAC. Siempre la guardé en el pecho, porque con ella dió su último adios cuando naufragamos.

JUL. ¡En las costas del Mediterráneo, frente al Promontorio de Ferraria!!...

JAC. ¡Cómo sabeis!...

JUL. ¡Permitidme! ¡Dejadme! (Vuelve á Jacobo y procura ver si tiene un lunar en el cuello, examina nuevamente el crucifijo y sigue con agitacion acrecentada.) ¡El mismo! ¡El mismo que yo le entregué cuando me tenia por padre! ¡Y el lunar!... ¡El mismo! ¡La señal imperecedera que siempre tuvo grabada en su cuello!... ¡Mi que-

rido Alfredo!...

JAC. ¡Ese era mi nombre!... (Se levanta.)

JUL. (Alzando los brazos al cielo.) ¡Justicia de Dios! ¡Me he salvado!

REY. (Que habrá vuelto y contemplado la última parte de la anterior escena.) Y vos, ¿quién sois?

JUL. ¿No me conoceis?... ¡Vedme bien!... ¿Tanto han borrado los tiempos la fisonomía de vuestro mejor amigo!..

REY. ¡Julian!... (Yendo hacia él lleno de asombro.) ¡Eres Julian!...

JUL. ¡Sí; Julian! ¡El mismo á quien entregásteis vuestro hijo; por el cual, perdido y en su busca, he surcado los mares, he recorrido el mundo, y he vivido solitario en un desierto!... Pero, ¿qué importa? ¡Ahora vengo á devolvérosle! ¡Por dón del cielo le acabo de encontrar!

REY. ¡Mi hijo! ¡Julian, mi hijo!

JUL. ¡Ya respiro! ¡Vedle ahí! ¡El es! ¡En su cuello conserva la señal y el crucifijo!

REY. ¡Mi hijo! (Se vá precipitadamente á Jacobo.) ¡Ven á mis brazos! ¡Y no le escuché! ¡Tú fuiste el libertador de tu padre!

JAC. ¡Mi padre!

BLANCA. ¡El Rey!

REY. ¡Sí, hijo del alma! ¡Julian! ¡Sublime amigo! ¡Ven á mis brazos tambien! ¡Ah! ¡Cuánto habrás padecido! (Se abrazan.)

JUL. ¡No lo sabeis bien!...

JAC. ¿Será verdad? ¡El corazon me dice que sí!

REY. ¡Sí! ¡Sí!

JAC. ¡Ah! Pues bien, padre mio, ya que el Supremo Hacedor tan alto honor me depara... (Cogiendo á Blanca de la mano y presentándosela.)

REY. ¡Ah, sí, sí! ¡Hijos mios. (Los abraza.) Dios os bendiga como yo os bendigo!

BLANCA. ¡Padre mio! ¡Madre mia! ¿No es un sueño? (Evocándolos con alegria.)

ESCENA XVII.

EL REY.—JACOBO.—DOÑA BLANCA.—DON JULIAN.
DON RAMIRO.

(El último, deteniéndose á los pocos pasos de entrar.)

RAM. ¡Señor, señor, acaba de suicidarse el Conde! Le ha faltado una cartera que contenia pliegos de grande importancia. (Todos vuelven la vista y quedan vivamente impresionados.)

BLANCA. ¡Ah!! (Se desmaya quedando en los brazos de Jacobo.)

REY. ¡Los de su traicion!

JUL. ¡Hecho indigno! ¡Ved el recurso del criminal!! ¡El suicidio!!!

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones sin cuyo requisito no serán servidos.